


# CON B DE BERTA

*Cristina Trujillano Marín*



 salamandra

FASES DEL PROCESO DE  
CREACIÓN DE UNA  
NOVELA

**TFM**

Escritura Creativa

Cristina Trujillano  
Marín  
(Tutor: Miguel Nieto)



Trabajo de Fin de Máster  
Máster de Escritura Creativa  
FCOM

Fases del proceso de creación  
de una novela  
(*Con “B” de Berta*)

Alumno: Cristina Trujillano  
Tutor: Miguel Nieto

---

# LA IDEA

CON BERTA

INTRO-  
DUC-  
CIÓN

OBJETI-  
VOS Y  
FUNDA-  
MEN-  
TOS

La IDEA  
Trama, tema  
y género  
Storyline  
Sinopsis

La ES-  
TRUC-  
TURA  
Tramas y  
subtramas

ESCALE-  
TA de  
TRAMAS

La ES-  
TRATE-  
GIA  
Tratamiento  
del tiempo  
Elípsis  
Catársis  
Final

01

02

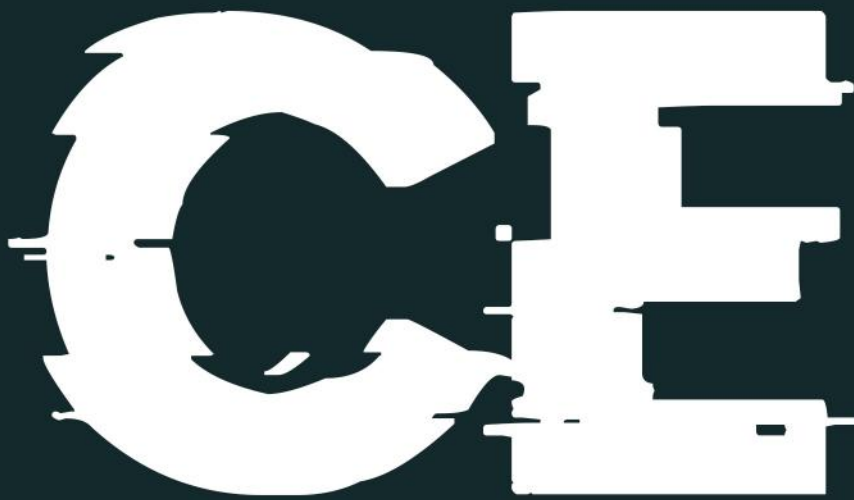
04

07

10

14





TÉCNI-  
CAS Y  
ESTILO

Tipología  
Narrador  
Personajes

DIFI-  
CULTA-  
DES Y  
SOLU-  
CIONES

BIBLIO  
GRAFÍA

NOVELA  
Con "B" de  
Berta

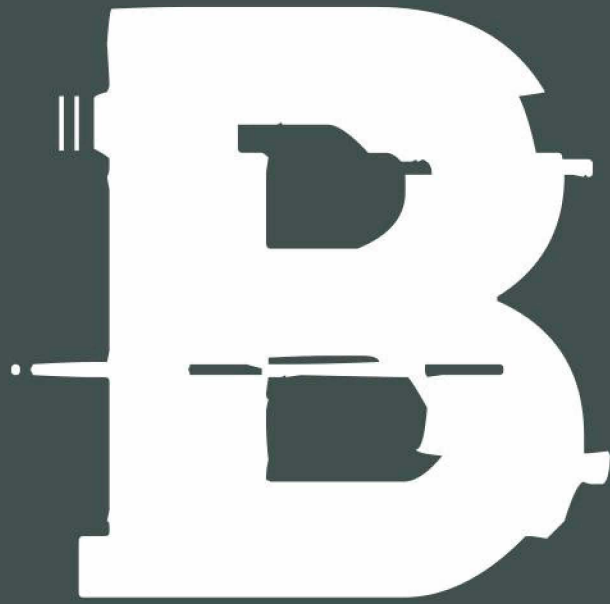
17

27

28

31





---

El siguiente proyecto muestra los pasos necesarios en el proceso de creación de una ficción que, en este caso, es una novela de género erótico-romántico.

En él, se encuentran también los primeros siete capítulos completamente desarrollados, a través de los cuales pretendo ofrecer una imagen de lo que sería la novela al completo; ya que el resto del texto seguiría la misma línea que estas primeras páginas.

---



# OBJETIVOS Y FUNDAMENTOS

**1**

Representar de forma realista a una generación femenina nacida entre los años 1985 y 1990.

**2**

Tratar temas cercanos como la familia, los amigos o el amor.

**3**

Crear personajes con los que el lector se pueda ver identificado de forma sencilla, pero que también les sirvan como inspiración en su día a día.

**4**

Utilizar una prosa de fácil comprensión que no requiera un nivel cultural especialmente elevado.

Contar situaciones que preocupan a la juventud dándoles un giro a través del humor.

**5**

Visibilizar y normalizar temas como la libertad sexual e individual.

**6**

Empoderar al sexo femenino demostrando que la mujer puede ser fuerte, divertida, profesional y constante.

**7**



Por consiguiente, el modelo narrativo que sigue es una novela; ya que su extensión me permite no sólo tratar el tema de la protagonista en una única línea, sino que también puedo entrelazarlo con subtramas de personajes secundarios que refuercen la trama principal y le aporten más variedad al texto. Como apunta Steel, "Las novelas no se limitan a ser más extensas que otras obras de ficción. Por lo general tienen más de todo"<sup>1</sup>

Esta es una novela de género sin más pretensiones que la de distraer al lector con una historia fácil de descifrar, sin complicaciones ni enredos; mientras que al mismo tiempo refleja una sociedad hedonista que borra rápidamente el pasado y se centra principalmente en el presente sin apenas pensar en el futuro.

Sigue, por tanto, la corriente realista de Stendhal característica del Siglo XIX. En el prólogo de su obra *Rojo y Negro*, Stendhal señala que:

"Una novela es un espejo que se pasea por un ancho camino. Tan pronto refleja el azul del cielo ante nuestros ojos, como el barro de los barrizales que hay en el camino. ¡Y el hombre que lleva el espejo en el cuévano será acusado por ustedes de ser inmoral! Más justo sería acusar al largo camino donde está el barrizal y, más aún, al inspector de caminos que deja el agua estancada y que se formen los barrizales".<sup>2</sup>

La sociedad que se refleja en esta novela sería la de una posmodernidad inmediata; la sociedad líquida y el amor líquido de Bauman que definen el actual momento de la historia.

1. Steel (2017) *Escribir ficción*. Madrid: Alba, sin paginar. "Disponible en: <https://alicili.co/cili/j8lBXhGY31h4r8KOUbOA0W-g2a4/>. Consultado 2/9/18

2. Stendhal (2013). *Rojo y Negro*. Madrid: Alianza Editorial



Una buena idea es la base para poder contar una gran historia. No se trata de encontrar algo único y novedoso, sino algo válido que puede provenir incluso de nuestro día a día. Todos tenemos algo que contar, pero para poder verlo es necesario pararte a observar y analizar.

Haciendo caso a Flannery O'Connor y su más que acertada frase "Cualquiera que haya vivido hasta los dieciocho años tiene suficientes historias para toda una vida", me he inspirado en mi historia, en las de mis amigas, en conversaciones y en reflexiones que han pasado por mi cabeza en más de una ocasión; porque en lo mundano, a veces, encontramos más historias que en lo más esperpéntico.

## Trama, tema y género

Para Elmore Leonard, la trama es como la vida real si eliminásemos de ella todas las partes aburridas.<sup>3</sup> Por su parte, Steel afirma que "La trama es uno de los elementos de nuestro oficio que claramente separa el mundo real del ficticio".<sup>4</sup> De cualquier modo, la trama es aquello que mantiene al lector expectante con la necesidad constante de saber cómo van a seguir desarrollándose los acontecimientos en el transcurso de la historia.

Esta novela habla de amistad, amor y superación dentro de un grupo compuesto por cuatro jóvenes. La trama principal la protagoniza Berta, una mujer insegura que quiere ser actriz; pero también le acompañan África, su alocada amiga de toda la vida que debe aprender a gestionar la relación romántica que mantiene con su jefe; Carlota, una chica libre de prejuicios y ataduras que por primera vez se ve obligada a marcar límites en su vida ; y Sandra, la más sensata y madura que descubre el amor de una forma totalmente diferente a como lo conocía. Dentro de este grupo, hay sueños por cumplir, complicaciones, reivindicaciones, enfados y sorpresas que las chicas tendrán que aprender a digerir.

3. [https://en.wikipedia.org/wiki/Elmore\\_Leonard](https://en.wikipedia.org/wiki/Elmore_Leonard). Consultado 2/9/18

4. Gotham Writer's Workshop (2017) Escribir ficción. Madrid: Alba, sin paginar. "Disponible en: <https://alicili.co/cili/j8lBXhGY31h4r8KOUbOA0W-g2a4/>. Consultado 2/9/18

**1. El planteamiento:** El comienzo de la novela no puede ser el momento en el que la vida del protagonista está en orden. No se puede empezar a contar una historia desde una semana antes de que pasara porque la narración acabaría siendo bastante tediosa. En este caso, la novela empieza con dos frases que pretenden despertar la curiosidad del lector desde el mismo instante en el que la lea ("¿Sabes lo que es ir a una entrevista de trabajo y encontrarte allí con tu ex-pareja, el chico que te dejó hace tan solo seis meses? Pues yo lo supe uno de los días más importantes de mi vida"), para mantenerlo atento al menos hasta el final del primer capítulo y que, ya con toda esa información, pueda decidir si realmente quiere seguir leyendo o no.

**2. El nudo:** Es la parte central de la historia donde se desarrollan todos los sucesos que dan vida a la novela, donde el personaje comienza su evolución y crece. Para Berta, el nudo abarcaría el descubrimiento de la infidelidad de su madre, deshacerse de su vida antigua para comenzar a ser adulta y la gestión de sus emociones al empezar a cumplir su sueño.

**3. El desenlace:** Por lo general, suele ser la parte más corta de las novelas, pero como apunta Steel, debe contener "las tres C":<sup>5</sup>

- **Crisis:** Salen a la luz unas imágenes comprometidas de Berta y su compañero de trabajo, lo cual implica un deterioro de su imagen pública.
- **Clímax:** La mala imagen de Berta en la prensa supone su despido como protagonista en la serie de televisión que tanta fama le estaba trayendo. Todo por lo que había trabajado se desvanece de la noche a la mañana. Concede una entrevista en la revista para la que su amiga África trabaja intentando esclarecer todo lo ocurrido.
- **Consecuencia:** El inesperado apoyo que recibe Berta de las redes sociales le hace volver a estar en boca de todos, pero esta vez con mejores palabras dirigidas a la actriz; quien consigue recuperar su trabajo y seguir cumpliendo su sueño.

Más adelante, hablaremos del final de la novela de forma más detallada.

5. Gotham Writer's Workshop (2017) Escribir ficción. Madrid: Alba, sin paginar. Disponible en: <https://alicili.co/cili/j8lBXhGY31h4r8KOUbOA0W-g2a4/>. Consultado 2/9/18



En cuanto al género, el amor siempre ha sido uno de los principales temas que han dado paso a grandes novelas románticas; pero a veces cuesta diferenciar entre novela rosa, erótica, romántica o pornográfica. Aunque como suele pasar, la línea que separa un género de otro siempre está algo difusa.

Guiándome por la definición de la escritora Mercedes Pinto<sup>6</sup>, Con "B" de Berta tiene aires de novela romántica, ya que trata las dificultades de un romance en el ámbito laboral entre jefe y empleada (Miguel y África) y el descubrimiento de la sexualidad de quien se enamora por primera vez de alguien de su mismo sexo (Sandra) y tiene que romper con las creencias sobre ella misma que tenía concebidas hasta la fecha.

Además, considero también que entra dentro de la definición de novela erótica, ya que narra los encuentros sexuales de los protagonistas sin ningún tipo de tabúes intentando siempre no ser grotesco o demasiado explícito.

## Storyline

Berta, una veinteañera a punto de rendirse y dejar de lado el sueño de convertirse en actriz, se reencuentra años después con su viejo representante, quien tiene un trabajo que ofrecerle.

## Sinopsis

Berta, de 26 años, sueña con ser actriz, un sueño bastante difícil de cumplir. Tiene tres amigas, que se llaman África, Sandra y Carlota; y lo único en común entre las cuatro es que todavía siguen buscándose a sí mismas.

Un encuentro fortuito de Berta con su antiguo representante desencadenará una serie de circunstancias que pondrán del revés la vida tranquila a la que estas jóvenes están acostumbradas, haciéndolas enfrentarse a conflictos internos, decisiones y circunstancias que tendrán que aprender a controlar.

6. <https://mercedespinto.wordpress.com/2017/04/10/diferencias-entre-novela-romantica-rosa-erotica-y-pornografica/>. Consultado 2/9/18





# LA ESTRUCTURA

Tramas y subtramas: Cada personaje tiene su propia vida, que en determinados momentos se entrelaza con alguna de las otras tres protagonistas. A continuación se desglosan las tramas de cada una de ellas en esta narrativa:

## BERTA:

**Carrera profesional.** Berta sueña con ser actriz como cuando era pequeña y se esforzará al máximo para conseguirlo. La reaparición en su vida de su antiguo representante le ayudará a conseguirlo.

**Convivencia con África.** En busca de su autonomía personal, acepta la invitación de compartir piso que le propone su mejor amiga, Africa. Ambas mantienen su relación de amistad desde la infancia, pero son las dos caras de una moneda y la convivencia se les hará más difícil de lo que esperaban.

**Relación sentimental.** En su nuevo trabajo, Berta conocerá a Lucas, con quien empezará una relación de pareja muy distinta a las anteriores.

**Ámbito familiar.** Varios años después de la separación de sus padres, Berta descubre el verdadero motivo por el que dejaron de ser un matrimonio. El romance que mantuvo su madre con su antiguo representante le hará enfrentarse a un conflicto interno sobre la relación que tiene con ambos

## ÁFRICA:

**Carrera profesional.** África lleva varios meses trabajando como becaria en una revista de moda y siente la necesidad constante de demostrar su valía como fotógrafa para poder conseguir un puesto fijo en el trabajo que siempre quiso tener.

**Convivencia con Berta.** África le ofrece a su amiga una habitación libre de su apartamento para que pueda abandonar la casa de su madre, pero la convivencia no resultará nada fácil y las dos jóvenes tendrán que aprender a organizarse.

**Relación sentimental.** Lleva varios meses saliendo en secreto con su jefe y empieza a sentir la necesidad de normalizar la situación, lo cual supone un problema para su novio debido a la política de la empresa.

**Ámbito familiar.** Proviene de una familia adinerada muy preocupada por las apariencias, lo cual hace que África se distancie de sus padres por no pensar igual que ellos.

### **SANDRA:**

**Carrera profesional.** Tras años de experiencia en el bar de sus padres, decide abrir su propia pastelería con las últimas tendencias en el mundo de la repostería. Un proyecto ambicioso que le mantendrá muy ocupada.

**Relación sentimental.** Después de su matrimonio fallido, conoce a Elena, una joven escritora que le hará replantearse los límites del amor.

**Ámbito familiar.** Procedente de una familia rural, Sandra tendrá que enfrentarse a los nuevos sentimientos que está experimentando y contárselo a su familia, quienes quizás no sean tan comprensivos como a ella le gustaría.

### **CARLOTA:**

**Carrera profesional.** Lleva trabajando como camarera desde muy joven para ayudar económicamente a su familia, pero sabe que no será capaz de aguantar así durante el resto de su vida. Su verdadera pasión, por otro lado, es tatuar y tendrá que decidir si dar el salto o no hacia una nueva aventura laboral que no conlleva ningún tipo de estabilidad económica.

**Relación sentimental.** Nunca ha creído en las etiquetas y por eso ama a quien quiere, cuando quiere y como quiere. En esta ocasión siente atracción por dos chicos totalmente diferentes y tendrá que darse cuenta de que a veces también hay que elegir.

**Lucha social.** Tras una serie de infortunios, la vida sexual de Carlota se ve expuesta y decide aprovechar la situación para reivindicar la sexualidad femenina al mismo nivel que la masculina.





## ESCALETA DE TRAMAS

	<b>BERTA</b>	<b>ÁFRICA</b>	<b>SANDRA</b>	<b>CARLOTA</b>
<b>CAPITULO 1</b>	Acude a un casting algo desanimada porque nunca consigue que le den ningún papel.	Acude al trabajo y descubre que no podrá participar en la sesión de fotos en la que pensaba demostrar todo su potencial.	Avisa a sus amigas de que hoy es el día de la inauguración de su pastelería.	Mientras trabaja en el bar, se reencuentra con Hugo, un ligue de la noche anterior y con el que se vuelve a acostar.
<b>CAPITULO 2</b>	Va a recoger a África al trabajo y descubre que el chico con el que está saliendo es su propio jefe.	Discute con Miguel, su novio y jefe, por el tipo de relación que llevan.	Llega a su nuevo local y reflexiona sobre lo mucho que ha tenido que trabajar para llegar hasta allí.	-
<b>CAPITULO 3</b>	África la invita a comer en su casa y se la ofrece para que pueda encaminar su vida. Al salir de allí, se encuentra con su antiguo representante, a quien no había vuelto a ver después de muchos años.	Durante la invitación, trata de convencer a Berta para que acepte su ofrecimiento.	-	Hugo le sugiere que contrate a su grupo de música para reflotar el bar en el que trabaja.
<b>CAPITULO 4</b>	Acude a la inauguración de la nueva pastelería de Sandra.	Acude al trabajo para reconciliarse con Miguel y descubre que podrá dirigir una sesión de fotos para su actor favorito. Después asiste a la inauguración de la pastelería de Sandra.	Poco antes de abrir la pastelería, aparece Elena, quien le va a entrevistar para su blog y ambas hacen muy buenas migas. Tras la inauguración, sale con Carlota a celebrar el éxito.	Acude a la inauguración de la pastelería de Sandra y luego sale con ella a celebrarlo en un pub donde toca el grupo de Hugo.
<b>CAPITULO 5</b>	Tras enterarse de que su madre le fue infiel a su padre con su representante de la infancia, va corriendo a casa de África interrumpiendo la cita con Miguel.	Llega a casa y se encuentra a Miguel preparando una cena sorpresa.	Cansada de que Carlota no le preste atención se marcha a casa y Lucas, uno de los amigos de Hugo, decide acompañarla.	En la discoteca conecta muy bien con Pablo, un amigo de Hugo, y los tres se divierten mientras consumen alcohol.



	<b>BERTA</b>	<b>ÁFRICA</b>	<b>SANDRA</b>	<b>CARLOTA</b>
<b>CAPITULO 6</b>	Le cuenta a África todo lo ocurrido con sus padres.	Consuela a Berta por lo ocurrido con sus padres hace años.	Acaba en casa de Lucas charlando, bebiendo vino y escuchando música. Ambos conectan de una forma especial.	Mantiene relaciones sexuales con Hugo y Pablo en el local de ensayo del grupo.
<b>CAPITULO 7</b>	Despierta en casa de África y decide que va a pasar allí unos días para poder pensar.	Se enfada con Miguel por mezclar su vida personal con la profesional.	Ve cómo sus esfuerzos comienzan a dar frutos con la ayuda de Elena.	Comienza a intimar con Pablo. Descubre que el local de ensayo tiene cámaras.
<b>CAPITULO 8</b>	Consigue pasar el primer casting para ser protagonista en una película. Conoce a Lucas.	No está pasando por su mejor momento con Miguel y se apoya en Berta.	Cena con Elena y se besan.	Le cuenta a las chicas que la grabación está colgada en una página de internet.
<b>CAPITULO 9</b>	Tras el casting, se va con Lucas de fiesta para que la espera se les haga más corta.	La sesión de fotos da muy buenos resultados y consigue un puesto de mayor rango dentro de la revista.	Se muestra distante con Elena.	Le pide a África un espacio en su revista para denunciar lo sucedido.
<b>CAPITULO 10</b>	Berta y Lucas amanecen juntos de fiesta, se van a desayunar y reciben una llamada para comunicarles que han sido escogidos.	Le pide a Miguel que se case con ella y este acepta.	Se vuelve al pueblo con su familia intentando huir de todo lo que le ha pasado.	Le cuenta a Pablo y Hugo lo que va a hacer y Pablo se enfada.

## ELIPSIS TEMPORAL (6 MESES)

	<b>BERTA</b>	<b>ÁFRICA</b>	<b>SANDRA</b>	<b>CARLOTA</b>
<b>CAPITULO 11</b>	La serie de televisión se acaba de estrenar hace tan sólo unos días y Lucas y Berta componen muy buen equipo.	En el ámbito laboral, se ha ganado el respeto de todo su departamento. En el personal, Miguel no le dirige la palabra.	Volvió del pueblo hace tres meses y ha retomado su amistad con Elena.	Tras publicar un artículo en la revista en la que trabaja África, varios medios se hacen eco y Hugo le apoya en todo. Ella echa de menos a Pablo.
<b>CAPITULO 12</b>	Acude junto a Lucas a varios medios para promocionar la serie.	Una reunión de jefes de departamento obliga a África y Miguel a verse. Al acabar, Miguel le dice que luego irá a su casa a recoger sus cosas.	Esta vez es ella quien besa a Elena tras una distendida cena y posteriormente pasan la noche juntas.	La vida acompañada de Hugo va pasando entre excesos que no le permiten continuar con sus costumbres.
<b>CAPITULO 13</b>	Es invitada al evento de una marca.	Acude con Miguel como fotógrafa al evento de una marca.	-	<i>Acclaim</i> es invitado al evento de una marca y ella acude como acompañante de Hugo.
<b>CAPITULO 14</b>	A la mañana siguiente de la fiesta, las portadas de las revistas hablan del exceso de alcohol de Berta y Lucas en la fiesta.	Tras haber pasado la noche con Miguel hablando de lo ocurrido durante los últimos meses, él le pide matrimonio.	No sabe gestionar sus nuevos sentimientos aunque accede a seguir viéndose con Elena si lo hacen a escondidas.	Tras la fiesta, decide cortar todo tipo de relación con Hugo y le pide perdón a Pablo por todo el daño causado.
<b>CAPITULO 15</b>	Una llamada de la productora le informa de que van a prescindir de ella debido a las imágenes.	Toda va bien de nuevo con Miguel. Ahora trabajan en departamentos diferentes y la situación es más sencilla.	Quiere contárselo todo a sus amigas pero no sabe cómo hacerlo. Esa noche, Elena le deja leer el libro que está escribiendo y descubre que es su historia.	Pablo le confiesa que está enamorado de ella, pero ella no le corresponde.

	<b>BERTA</b>	<b>ÁFRICA</b>	<b>SANDRA</b>	<b>CARLOTA</b>
<b>CAPITULO 16</b>	África le propone unas declaraciones en su revista para lavar su imagen y ella accede.	Hace una sesión con Berta y Acclaim para la revista.	Sus padres le hacen una visita pero no tiene el valor de hablarles sobre la relación que mantiene con Elena.	Pasa el día junto a Pablo en el local de ensayo y componen un tema que les une más.
<b>CAPITULO 17</b>	Recibe el apoyo de las redes sociales y, tras una reunión con la productora, recupera su puesto de trabajo.	Organiza una comida con Miguel para que ambas familias se conozcan.	Elena se enfada con ella por no afrontar la realidad y Sandra tiene que manejar la situación junto con la visita de sus padres.	Pablo le cuenta que su relación con Hugo se ha enfriado y ella intenta hablar las cosas con él, que se siente abandonado.
<b>CAPITULO 18</b>	Acude a un concierto de <i>Acclaim</i> donde se acaba besando con Lucas.	Está tan metida en su inminente boda que sus amigas le recriminan su pasotismo para con el grupo.	Sandra cena con sus padres antes de su vuelta al pueblo y les habla de Elena. Ellos no se lo toman del todo bien.	Desanimada después de todo lo ocurrido, vuelve a adentrarse en el mundo de el alcohol y las drogas.
<b>CAPITULO 19</b>	Lucas le dice que está enamorado de ella pero ella no quiere mezclar trabajo y sentimientos.	Encuentra a Carlota semiinconsciente cerca del bar que suelen frecuentar y la lleva a su casa para hablar con ella.	Recibe una llamada de su hermano desde Londres y le dice que sus padres le han contado lo ocurrido, pero que todo está bien entre los dos y que ellos solo necesitan tiempo para asimilarlo.	África la encuentra semiinconsciente cerca del bar que suelen frecuentar y la lleva a su casa para hablar con ella.
<b>CAPITULO 20</b> (PRESENTE)	Va a la boda de África donde comienza una relación con Lucas.	Se casa con Miguel.	Presenta a Elena como su pareja.	Habla con Hugo y Pablo para normalizar la situación.





## TRATAMIENTO DEL TIEMPO Y EL ESPACIO

Como apunta Caren Gussoff, "El escenario —es decir, el espacio y el tiempo de la historia— fija al lector en la historia en el sentido más físico posible".<sup>7</sup> Y tanto es así que cuando pensamos en una gran historia como *Orgullo y Prejuicio*, nos trasladamos irremediamente a la Inglaterra del siglo XVII; o incluso la saga de libros de Harry Potter consigue introducirnos en un universo lleno de magia y encantamientos.

El tiempo en esta novela transcurre de forma lineal con pequeños saltos temporales entre algunas escenas y capítulos y una gran elipsis de seis meses entre la primera y segunda mitad.

En cada capítulo, se ve qué le ocurre a la protagonista, ya que es ella quien nos narra; y al mismo tiempo se va entrelazando con lo que le va pasando a sus amigas, de forma que podemos avanzar en las cuatro historias de forma paralela y simultánea.

Esta forma de narrar permite que las subtramas se mezclen con la trama principal aportando más unión al texto; pero también más realismo, ya que en nuestro día a día, todos nos relacionamos con diferentes personas que tienen su propia historia que contar y que se mezcla con la nuestra en algún momento determinado.

El capítulo final toma un cariz totalmente diferente al resto de la novela, ya que este está narrado en presente y ya no solo es

Berta quien narra, sino que son las cuatro chicas quienes cuentan sus historias en primera persona para que puedan hacer una reflexión de cómo comenzó todo y cómo lo están viviendo en ese momento.

Ambientada en 2018, esta historia es un reflejo de hoy, de lo que está ocurriendo ahora y por eso el tiempo tiene un papel fundamental. Tiene que ser algo real que no aleje al lector de la historia porque ese es el pacto que hemos hecho con él. Todo ocurre en el orden en el que debe ocurrir y si las chicas salen por la tarde, luego llegará la noche y querrán tomarse una copa juntas. El tiempo pasa en la narrativa y eso influye en el comportamiento de las protagonistas.

Respecto al ritmo temporal de la novela, se agilizan los tiempos innecesarios en los que no ocurren cosas relevantes; mientras que los momentos que suponen un giro en la historia se tratan con mayor pausa para enfatizar la importancia de lo que está sucediendo. De esta forma, no se aburre al lector y al mismo tiempo se le avisa de que algo importante va a ocurrir. Así, no sólo presta más atención, sino que también funciona como gancho creando expectativas de lo que podría llegar a pasar.

Centrándonos ahora en el espacio, es importante saber que la credibilidad de un relato se basa en cierto modo en el mismo. Describir bien escenario en el que

7. Gussoff, C. (2017) *Escribir ficción*. Madrid: Alba, sin paginar. "Disponible en: <https://alicili.co/cili/j8lBXhGY31h4r8KOUbOA0W-g2a4/>. Consultado 2/9/18



sucedan los acontecimientos facilitará al lector su labor de desplazarse mentalmente hasta ese lugar ficticio y observar los acontecimientos a medida que los va leyendo. Es por eso que en esta narrativa los espacios están concienzudamente diseñados, no solo para que el lector los pueda imaginar, sino también para que los asocie con uno u otro personaje. Es el caso de la pastelería de Sandra, que tan sólo con leer su descripción podemos hacernos una idea del tipo de persona que es:

"Sacó de una pequeña cajita la llave que con tanto mimo guardaba y la utilizó para abrir la puerta de madera blanca que daba paso al local. Allí, las paredes de diferentes tonos pastel daban claridad al espacio, algo que Sandra siempre tuvo muy claro que necesitaría.

La pared del fondo era su favorita. Era la única alicatada con loza de granito claro y estaba decorada haciendo un collage con diferentes utensilios que se utilizan a menudo en la repostería, tales como moldes, mangas pasteleras, rodillos, cortadores de fondant, y su favorito: Una hoja transfer de las que se colocan bajo los pasteles para decorarlos en la que las chicas y yo le habíamos escrito nuestras mejores palabras de ánimo. "

La llave dentro de la caja muestra una persona detallista y cuidadosa.

La puerta blanca y con luminosidad representan a una persona transparente sin demasiadas pretensiones. Los tonos pastel de las paredes se asocian con una personalidad tranquila y pausada; y los detalles de los utensilios de cocina resaltan su capacidad de esfuerzo, de ir paso a paso hasta conseguir el resultado que se propone.

Por último, el detalle de la firma de sus amigas muestran su lado más oculto, aquel que necesita a la gente que quiere a su lado a pesar de tener un carácter aparentemente frío y distante.

Otro ejemplo lo podemos ver al principio de la novela, cuando Berta está esperando para una casting en un lugar en el que se siente evidentemente incómoda, ya que no es su lugar. Ese no es el papel que le va a ayudar a cumplir su sueño y la situación previa ya le pone en preaviso:

"Como os he dicho antes, yo estaba nerviosa. Es decir, que no paraba de andar de un lado para otro dando vueltas en la sala de espera de la productora, que no medía más de diez metros cuadrados. Un espacio minúsculo y yo venga de aquí para allá todo el rato. Me miraba en el espejo, me retocaba el maquillaje, me colocaba bien la blusa y volvía a caminar de nuevo. De vez en



cuando también miraba el reloj y parecía que no pasaban las horas hasta que me di cuenta que, efectivamente, no pasaban las horas porque estaba roto y las agujas no se movían.

Me convencí de que lo mejor era esperar sentada y creo que las otras dos aspirantes que llevaban todo el tiempo con su culos perfectos sin una pizca de celulitis pegados a sus respectivos sillones, me lo agradecieron."

Volviendo a referenciar el capítulo final, el escenario en este caso es totalmente diferente a los que se han estado describiendo durante el resto de la novela. En esta ocasión, como ya he mencionado antes, los personajes hablan en presente; lo cual significa que sus vidas distan mucho de como eran en capítulos anteriores. Un nuevo escenario significa también un nuevo momento en sus vidas, algo que todavía no nos han contado pero que se irá desarrollando en ese lugar, que no es ni más ni menos que la boda África. El lugar y el tiempo escenifican así el estado de ánimo de las protagonistas.

## ELIPSIS

Seis meses separan el final de la primera parte de esta novela con el principio de la segunda. Esta estrategia era totalmente necesaria para no ralentizar la acción, ya que la mayoría de las tramas necesitan de un largo periodo de tiempo para que se desarrollen de forma correcta, como es el caso de la carrera laboral de Berta.

Esta necesidad la convertimos en punto fuerte haciendo de la elipsis un gancho que mantenga la atención del lector. Así, cuando el lector ya haya leído la primera mitad de la novela, se volverá a encontrar

con los mismos personajes pero en situaciones distintas a las que él los había dejado en el capítulo anterior y sentirá la necesidad de comprender qué ha pasado en esos seis meses y cómo van a encauzar de nuevo sus vidas.

## CATARSIS

Podemos ver la catarsis de esta novela en lo que llamaríamos el clímax de la misma. Es decir, cuando todos aquellos problemas que han estado entorpeciendo la vida de Berta explotan y la protagonista se da cuenta de que las encrucijadas son efímeras. Su puesto de trabajo pende de un hilo y ya no tiene el apoyo de Lucas porque su comportamiento lo ha alejado de ella.

El personaje principal de la historia toca fondo y necesita poner sus ideas en orden para poder salir adelante, de modo que el lector asiste a un momento muy íntimo con el que se ve identificado de una forma u otra, ya que todos nos hemos sentido así alguna vez.

## FINAL

Desde mi punto de vista, el desenlace de una historia es una de las partes más importantes de la misma. Es la última sensación con la que el lector se queda y por lo tanto repercute en su valoración final.

Para esta novela, quería escribir un final alegre y festivo pero que no fuera todo color de rosa, ya que en ese caso se perdería la esencia principal, que es la representación de una historia lo más fiel posible a la realidad.

Finalmente opté por acabar esta historia



con la boda de África y Miguel, para poder desarrollar los últimos momentos en un ambiente distinto al que el lector está acostumbrado, donde los personajes pudieran brillar más por la euforia del momento.

La felicidad de África y Miguel se ve acompañada por la de Berta y Lucas, que, después de superar su crisis en el trabajo, comienzan por fin una relación en común. Por otro lado, Sandra decide abrirse al fin con sus amigas y les cuenta que mantiene una relación con Elena, lo cual será otro motivo de celebración.

Carlota, en cambio, demuestra que no necesita estar con nadie para sentirse completa. Su final feliz consiste en estar cerca de las personas a las que quiere y tomar decisiones por ella misma sin que nadie le diga lo que tiene o no que hacer.



## TECNICAS Y ESTILOS

### TIPOLOGÍA

El texto del que estamos hablando es una novela de carácter realista, ya que trata temas cotidianos con los que cualquier persona puede verse identificada; aunque su público al que va dirigida es principalmente el de mujeres de entre 20 y 35 años. Por eso la protagonista principal es una mujer con una vida corriente que se relaciona con gente corriente y todos ellos actúan como lo podría hacer cualquier persona en la realidad.

### NARRADOR

El punto de vista desde el que se narra una historia es fundamental para determinar el impacto emocional que tendrá en los lectores; además de influir en otros factores igual de importantes como el tono o el tema.

Por este motivo, el narrador de la novela es Berta, el personaje principal de la misma. Estamos hablando de un narrador autodiegético cuyo objetivo es empatizar de la forma más profunda posible con el lector a través de un monólogo que hace las veces de diálogo. El narrador le cuenta su historia de forma directa al lector como quien cuenta algo personal, creando así un



vínculo entre ambos. Vaerie Vogrin habla de esto mismo en *Escribir ficción*: "La principal ventaja de la primera persona es la intimidad. El escritor puede eliminar casi toda la distancia que existe entre el lector y la historia colocándolo en la piel del narrador".<sup>8</sup> De esta forma, el lector percibe la historia tal y como la percibe el narrador. Es decir, formando parte de ella; viendo, oliendo, tocando y sintiendo todo lo que Berta narra; ya que, como personaje dentro de la historia, no se limita a ver y contar de forma objetiva, sino que también tiene su opinión sobre lo que ocurre y se la hace ver al lector de forma constante. A veces, incluso es la propia Berta quien estrecha más su relación con los lectores contándole sus pensamientos a modo de confidencias. Esto ocurre cuando habla en segunda persona, como al principio de la novela: "¿Sabes lo que es ir a una entrevista de trabajo y encontrarte allí con tu ex-pareja, el chico que te dejó hace tan solo seis meses?"

"No hay nada que se interponga entre la conciencia de este personaje y el lector. Cuando escribes en primera persona, lo haces con la voz —las palabras y el tono— del personaje."<sup>9</sup>

Otro de los puntos fuertes del narrador es que cuenta la historia en pasado. De esta forma podemos jugar con una doble perspectiva del momento en el que ocurrieron los hechos (pasado) y el momento en el que el narrador los cuenta (presente). El paso del tiempo siempre hace ver las cosas de diferente forma y esto también le ocurre al narrador, que es quien decide cómo cuenta lo ocurrido según su modo de pensar actual.

Además, el narrador se permite la licencia de hacer un pacto con el lector, por el cual nos va a contar situaciones en las que no ha estado presente, pero que podemos pensar que se lo ha contado alguien que sí lo estaba. En este caso, Berta intenta narrar todas aquellas situaciones de la forma más objetiva posible; aunque a veces no es capaz de evitar dar su opinión sobre algunos aspectos que afectan a las otras tres protagonistas, como lo haría cualquier amiga. En estos casos, estaríamos hablando de un narrador omnisciente en tercera persona, capaz de conocer y describir situaciones que no ha presenciado.

8. Vogrin, V. (2017) *Escribir ficción*. Madrid: Alba, sin paginar. "Disponible en: <https://alicili.co/cili/j8lBXhGY31h4r8KOUbOA0W-g2a4/>. Consultado 2/9/18

9. Vogrin, V. (2017) *Escribir ficción*. Madrid: Alba, sin paginar. "Disponible en: <https://alicili.co/cili/j8lBXhGY31h4r8KOUbOA0W-g2a4/>. Consultado 2/9/18



De esta forma, podemos jugar con un narrador en primera persona que a veces se introduce en el terreno del narrador múltiple sin dejar de ser un único personaje quien relata la historia.

Como punto final, el capítulo 20, en el que todas las tramas se solucionan, está contado en presente para que las protagonistas se asombren de las cosas que les ocurren al mismo tiempo que el lector se va adentrando. Además, como ya mencioné anteriormente, este capítulo final está narrado en primera persona por cada una de las cuatro chicas para que todas puedan comunicarse con lector sin ningún intermediario. Así, este último capítulo traería la evolución completa al narrador múltiple del que hablábamos en el párrafo anterior; haciendo así una descomposición de la realidad para demostrar su relatividad a través de diferentes puntos de vista en una misma historia.

De esta forma, podemos jugar con un narrador en primera persona que a veces se introduce en el terreno del narrador múltiple sin dejar de ser un único personaje quien relata la historia.

## PERSONAJES

Aunque el texto cuenta con una protagonista principal, los personajes secundarios también tienen mucho peso en esta novela a la que podríamos denominar como coral:

### Berta Montes Salgado (26 años)

Forma parte de una agencia de modelos desde que tenía tres años, donde protagonizó hizo algunos anuncios durante su infancia. Estudió Bellas Artes y se especializó en interpretación y artes escénicas.

Desde el divorcio de sus padres, sucedido cuando ella tenía 8 años, vive con su madre, con quien mantiene una muy buena relación, aunque siente que el siguiente paso que debe dar en su vida es el de independizarse. Actualmente trabaja los fines de semana como dependienta en una perfumería, pero no pierde la esperanza de poder ser actriz y dedicarse a lo que de verdad le apasiona.

Su etapa de rebeldía adolescente la pasó cuando conoció a África, una niña nueva en su clase que le hizo ver el mundo de una forma más divertida; aunque más tarde llegó la madurez y volvió a convertirse en una persona algo retraída.

Años después, a su vida llegaron Sandra y Carlota. A la primera la conoció en un curso de repostería de verano que ella misma impartía, mientras que la segunda apareció en una noche de borrachera, pero ninguna recuerda cómo llegó a parar allí. Por separado son las mejores amigas, pero cuando se reúnen las cuatro para pasar más de cuarenta y ocho horas juntas es mejor estar lo más lejos posible de ellas.

Berta tiene muy claro el objetivo que quiere alcanzar en su vida, pero no tiene ni idea de cómo llegar hasta él. Es una mujer muy segura de sí misma, salvo en el ámbito laboral, donde a veces flaquea y necesita llamar a África para que le inyecte dosis de energía.

Respecto al amor, ha tenido una relación larga, un segundo intento de relación larga con el mismo chico y algunas relaciones cortas sin más pretensiones que la diversión.

Cuando se enfada o algo le molesta, se toma unos minutos de reflexión para pensarlo fríamente y poder actuar de la forma más objetiva posible, sin perder nunca su carácter pacificador; aunque esto no significa que si tiene que decir algo no lo diga.

Siempre hace lo que cree correcto, aunque a veces la influencia de África la transporta a su época adolescente. Sus caracteres totalmente diferentes hace que choquen a menudo, pero siempre hacen las paces en menos de un día porque después de tantos años no pueden vivir la una sin la otra.

Su relación con Sandra fue difícil al principio, debido a los celos que provocaba en África con esa nueva relación. Sandra le aporta la tranquilidad que equilibra la balanza siempre inestable, sacudida por los ataques de locura de África.

A Berta le gusta pasar el tiempo viendo películas y series, hasta el punto de que Netflix es ahora su nueva religión. Guarda con especial cariño un libro de poesías que le regaló su abuelo al cumplir nueve años. Entonces no le daba demasiada importancia; lo guardó en uno de los cajones de su



habitación, pero con quince años, al morir su abuelo, lo volvió a abrir y descubrió que todos los poemas, de una forma u otra, hablaban de ellos y entonces empezó a resultarle imprescindible.

Su color favorito sin duda es el negro. No porque siempre vista con colores apagados, sino porque es muy elegante y combina bien con todo; tal y como a ella le gusta ser.

Si tuviera que comer un único alimento durante el resto de su vida, sería la tarta de Nutella que prepara Sandra cada año por su cumpleaños; es la única fecha que se permite comerse un buen pedazo y llevarse las sobras a casa para por la noche.

Le gusta la música que sus amigas consideran "de niñata": Leiva y Dani Martín están en su top five.

No le gusta el vino y nunca acompaña sus bebidas con alcohol, pero cuando se trata de ir de fiesta, puede beber tantas cervezas como horas pase bailando.

Su plan favorito para una noche de sábado es ir a cenar con sus tres amigas al Ginos, tomarse allí una primera copa después del postre y salir luego directas a Sol para que los relaciones públicas las asalten hasta decidir en qué local empieza la fiesta. El resto de la noche se dedica a bailar.

Le hacen reír las ocurrencias de su amiga África, aunque siempre trata de ocultarlo y le regaña por ser políticamente incorrecta.

Su mayor temor es rendirse y no llegar a conseguir su sueño de ser actriz; nunca aceptaría un papel por el que tuviera que exhibirse como mujer objeto, que envíe un mensaje equivocado a la sociedad.

No suele hablar de sus sentimientos salvo con África, que siempre sabe cuándo necesita una charla y aparece donde Berta esté con una botella de Château en una mano y la ruleta de los chupitos en la otra.

## África Ortega Sanz (26 años)

Es lo que comúnmente se conoce como una "niña bien", pero con su propia visión de la vida. Desde pequeña le enseñaron a guardar las apariencias y cuando creció se dio cuenta de que esa represión continua no le hacía feliz. Esto le supuso grandes peleas con sus padres. Su familia conserva una gran fortuna debido a la acumulación de varias herencias y al generoso sueldo de su madre, una respetada cirujana.

Con su hermano Víctor, de 15 años, tiene buena relación, aunque la gran diferencia de edad ha convertido a África en una segunda madre para él.

Actualmente vive sola en un apartamento pequeño de dos habitaciones, pero no se ha independizado. El piso pertenece a su familia y son sus padres quienes pagan los gastos fijos como la luz, el agua o el gas.

Lleva seis meses trabajando en una revista como ayudante de fotografía, ya que la imagen le apasiona desde que le regalaron su primera cámara de fotos con once años. Su primer modelo fue Víctor, a quien pasaba más tiempo mirando a través del objetivo que sin él. Por ese motivo estudió Publicidad y Relaciones Públicas mientras especializaba su técnica fotográfica; pronto consiguió que le dieran una oportunidad en la revista para demostrar su valía.

Pasó una noche en el calabozo cuando tenía 21 años debido a un exceso de alcohol que le llevó a "casi violar" a un policía. Todavía cuenta aquella historia con orgullo.

Nunca le gustó tener pareja estable hasta que comenzó una relación con Miguel, su jefe en la revista, de quien se ha enamorado perdidamente. Nunca creyó en la existencia de almas gemelas hasta que conoció a Miguel; entonces muchas de sus creencias se invirtieron. No le importa hablar abiertamente de sus sentimientos con su círculo de confianza, pero a menudo bromea para no parecer frágil.

No tiene prejuicios. Sabe que cada persona nace y crece de una forma diferente, y eso hace a todo el mundo especial, a su manera. Es una chica muy amigable, siempre simpática y dispuesta a conocer a gente nueva, aunque sólo unos pocos consiguen una verdadera amistad para toda la vida.



Con Berta tuvo un flechazo el día que la conoció, al descubrir que las dos eran seguidoras de una serie de televisión chilena que muy poca gente en España conocía. Pronto se hicieron inseparables y no tuvieron su primera crisis hasta que Berta conoció a Sandra. No podía entender cómo la incluía en muchos de los planes que hacían juntas, pero finalmente acabó aceptándolo y haciendo de ella una amiga más.

Un año más tarde conoció a Carlota y dejó así un poco de lado a Berta. Carlota y ella eran iguales pero muy diferentes. A las dos les encantaba la fiesta, bailar, pasarlo bien sin preocupaciones; pero África venía de una familia adinerada y Carlota llevaba trabajando desde los 17 años para ayudar económicamente a sus padres. Venían de mundos muy diferentes y por eso chocaban. Así, poco a poco se fueron distanciando, hasta que un día la bomba explotó y estuvieron dos semanas enteras sin hablarse. Luego decidieron empezar de cero pero nunca volvieron a conseguir la unión del principio.

Siempre ha sido una persona optimista, aunque las peleas con su madre son su talón de Aquiles; su mayor temor es que le pueda pasar algo a su hermano. Su posesión más preciada es la primera cámara de fotos que tuvo, que conserva en una de las estanterías de su habitación junto al resto de cámaras de su propiedad.

Su color favorito es el rosa, aunque siempre dice que prefiere la purpurina; se moriría si en el mundo se acabasen las hamburguesas. Su bebida favorita es el vodka rojo que mezcla con zumo de naranja cuando va a las discotecas, aunque si está relajada tomando el sol no deja escapar la oportunidad de tomarse un Cosmopolitan.

No cree que existan los planes perfectos porque si se planean pierden todo su encanto, por eso siempre actúa según los inputs que le van llegando y se deja llevar por las circunstancias.

Es muy desordenada, pero asegura que es capaz de encontrar todo aquello que necesita entre sus cosas. Su objetivo en la vida es poder reírse al pensar en el pasado, bien sea por un recuerdo bueno o por un recuerdo malo ya superado; y aunque suene macabro, ya decidió que quiere morir a los 54 años mientras le hace una sesión de fotos a Orlando Bloom y que éste se



abalance sobre ella al ver que se desmaya para poder entonces pasar a otra vida entre sus brazos.

### Sandra Rojas Olmo (28 años)

Nació en La Hiruela, un pueblo de Madrid, donde siempre tuvo una vida muy tranquila. Trabajaba en la pastelería de su familia y vivía allí con su marido, su novio desde los 16 años y con quien se casó al cumplir los 22, después de seis años de noviazgo. Un año y medio más tarde se dio cuenta de que a pesar de tener todo lo que siempre había soñado, no era feliz, de modo que comenzó a cursar estudios culinarios que culminó con muy buenas notas. Aunque esto le alegraba mucho, al llegar a casa volvía a sentir un gran vacío interior, así que finalmente se armó de valor y decidió firmar el divorcio, hacer maletas y empezar una nueva vida en Madrid, donde comenzó a impartir clases de repostería en unos cursos de verano. Finalmente, pasados un par de años, decidió dar un nuevo giro a su vida y abrir una cafetería donde vender sus pasteles y dejar volar su creatividad culinaria.

Tiene un hermano mellizo que se mudó a Londres cuando ambos tenían 21 años y por eso no se ven tanto como les gustaría, pero mantienen el contacto diariamente y es él quien le anima a poner su vida patas arriba. De pequeña le gustaba pasar tiempo con su abuela en la cocina. Con ella aprendió algunas de sus mejores recetas y la satisfacción de crear algo tan efímero como la comida; como decía su abuela: Cuanto menos tarden en comer, más orgullosa deberás sentirte de tu trabajo.

Siempre fue una niña introvertida y muy reservada, lo cual no ha cambiado a día de hoy. Todavía se sigue ruborizando cuando África hace un comentario poco apropiado o cuando Carlota cuenta sus aventuras nocturnas con diferentes amantes.

En sus relaciones personales suele ser bastante fría e incluso África la bautizó como "La escarcha", debido a lo distante que es siempre con todos y lo mucho que le cuesta mostrar sus sentimientos. Hace tanto que no llora que ni siquiera sabe si sería capaz de hacerlo en el caso de que quisiera, pero se considera una mujer fuerte y por eso no necesita que el resto sea partícipe de los problemas que le rondan por la cabeza. Vive acompañada únicamente de

su hámster Norman, con quien suele compartir las hojas de lechuga de sus ensaladas. Necesita tener las manos constantemente limpias, por eso siempre lleva consigo un bote pequeño de gel desinfectante.

Suele ser bastante pesimista y muy autoexigente, aunque sabe que esa es la actitud que le ha llevado a alcanzar todos los logros propuestos. Para ella el éxito sería poder vivir trabajando el resto de su vida en su cafetería y que sus esfuerzos se vieran reconocidos.

Nunca se ha enamorado de verdad y tampoco espera hacerlo. Su única relación nunca llegó a darle tanta felicidad como le da la repostería y por eso dedica todos sus esfuerzos al nuevo proyecto de la cafetería.

Tras la muerte de su abuela, no suele mantener mucho contacto con su familia. Llama una vez al mes a sus padres y los visita en fechas señaladas como Navidad o verano.

Le encanta leer novelas históricas y a veces hasta se inspira en personajes para crear sus postres. Su color favorito es el rojo y su mejor plato, el bizcocho de naranja con crema de manzana, menta y helado de pipas de calabaza.

Le encantan aquellos días en los que invita a sus amigas a cenar en su casa para que prueben algunas de sus nuevas recetas y la sobremesa con copas de vino y charlas se alargan hasta altas horas de la madrugada.

### **Carlota Ruíz Salinas (27 años)**

Nació y se crió en Malasaña, en una familia humilde. Es la mayor de tres hermanos y tuvo que ponerse a trabajar a los 17 años para ayudar económicamente en casa. Su padre falleció cuando ella tenía 22 años, después de una larga enfermedad, y se convenció a sí misma de que no desperdiciaría ni un segundo de su vida en algo que no le hiciera feliz. Por eso se planteó dejar el trabajo de camarera que había conseguido recientemente en el bar "La Luna", pero sabía su madre necesitaba esos ingresos económicos, así que aprendió a buscarle el lado positivo a todo aquello cuanto le rodeaba y se convenció de que allí tampoco se estaba tan



mal. Por otro lado, le encantaría independizarse y dejar la casa familiar, pero sabe que hasta que sus hermanos no encuentran trabajo, su sueldo sigue siendo necesario.

Haciendo horas extra ha conseguido ahorrar y comprarse una máquina para tatuar; y es que además de dibujar de maravilla, le encantan los tatuajes. Desde entonces ha estado practicando con naranjas y pieles de cerdo, pues ninguna de sus amigas ha accedido a ponerse en sus manos. El único tatuaje de verdad lo hizo una tarde en la que decidió dibujarse a sí misma en el tobillo una bicicleta de simples líneas que le recuerda a los largos paseos de pequeña con su padre.

Además de ese tatuaje, tiene una flor de loto en el costado derecho, el contorno de un corazón en la parte alta de su espalda, una chica con un zorro en su brazo izquierdo, cinco líneas paralelas en su dedo anular y la palabra "París" en el cuello.

Es una persona optimista, espontánea y divertida. Predica el amor libre y que cada uno haga con su vida lo que le venga en gana si no hace daño a los demás. No cree tener que dar explicaciones a nadie, tampoco en las etiquetas, ni en los convencionalismos.

No está acostumbrada a que los lazos personales le duren demasiado, pero parece que con Berta, África y Sandra es diferente; lo cual le asusta y le lleve a alejarse de ellas de vez en cuando e incluso se pase varios días seguidos sin dar señales de vida.

Se enamora constantemente, pero no de las personas, sino de situaciones, momentos, sensaciones...

No sale de casa sin su pitillera y un mechero, aunque sus amigas y su familia insisten en lo perjudicial que es el tabaco para la salud.



# DIFICULTADES Y SOLUCIONES

Uno de los principales obstáculos que más me atormentaba era el de crear personajes reales. Cuando uno empieza a escribir, intenta crear algo único que consiga captar al lector, pero esto a veces desafía la autenticidad de una historia. Siempre quise que mi novela hablara de mujeres reales, divertidas, espontáneas, que se equivocan, que lloran, que se ríen. En definitiva, mujeres de verdad, con vidas normales con las que cualquier lector se pueda sentir identificado.

Para conseguirlo, he tenido presente en todo momento diferentes experiencias personales o de gente cercana a mí. Esto aporta realismo, ya que son situaciones, expresiones o ideas que han ocurrido de verdad y que, por tanto, pueden ser perfectamente verosímiles en nuestro día a día.

Otra de las dificultades que más problemas me ha dado ha sido la de compaginar temporalmente las tramas de las cuatro amigas por separado para que, en los momentos en los que se reúnen, coincidan en el momento idóneo para de cada una.

Para ello he realizado previamente un esquema de tramas al que he tenido que dedicarle bastante tiempo y en el que he revisado minuciosamente cada fragmento para que todo cuadrara a la perfección y sin ningún tipo de fallo.

Por último, y en lo referente también a los personajes, me ha resultado bastante complejo encarar el tema de los personajes masculinos, ya que no conozco tanto sus emociones y reacciones como en el caso de las chicas, y además he intentado no aferrarme a estereotipos, para crear personajes reales con sentimientos, inquietudes, sueños por cumplir...

La solución la he encontrado en los libros de la autora Elísabet Benavent, que han sido mi referente en todo momento. Sus libros me enseñaron una forma de escribir ficción de forma real y todos sus personajes tanto femeninos como masculinos están llenos de caras y picos que forman un poliedro bastante completo; de modo que me he inspirado en ellos para poder superar este obstáculo.





# BIBLIOGRAFIA

## LIBROS

- Bauman Z. (2003) Modernidad líquida. Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- Cardenal E. (2016) Cómo crear personajes: Guía para principiantes. Barcelona: Createspace Independent Publishing Platform.
- Gotham Writer's Workshop (2017) Escribir ficción. Madrid: Alba.
- King, S. (2016) Mientras escribo. Madrid: Debolsillo.
- López Teijeiro, I. (2014) Cómo escribir diálogos: Descubre la voz de tus personajes. Barcelona: Createspace Independent Pub.
- Newman, S. y Mittlemark, H. (2010) Cómo no escribir una novela. Madrid: Seix Barral.
- Stendhal (2013). Rojo y Negro. Madrid: Alianza Editorial
- Vogler, C. (2002) El viaje del escritor: El cine, el guion y las estructuras míticas para escritores. Madrid: Ediciones Robinbook, S.L.

## WEBS

- <https://alicili.co/cili/j8lBXhGY31h4r8KOUbOA0W-g2a4/>. Consultado 2/9/18
- [https://en.wikipedia.org/wiki/Elmore\\_Leonard](https://en.wikipedia.org/wiki/Elmore_Leonard). Consultado 2/9/18
- <https://mercedespinto.wordpress.com/2017/04/10/diferencias-entre-novela-romantica-rosa-erotica-y-pornografica/>. Consultado 2/9/18



## REFERENCIAS LITERARIAS

- Benavent, E. (2013) En los zapatos de Valeria. Madrid: SUMA
- Darling, A. (2018) La pequeña librería de los corazones solitarios. España: Titania
- Ferrante, E. (2017) Saga Dos Amigas. España: LUMEN
- Hart, M. (2014) Viaje al pasado; La distancia entre nosotros. España: Harlequin
- Keyes, M. (2017) Bajo el edredón. España: DEBOLSILLO

## OTRAS REFERENCIAS

- Dunham, L. (2012-2017) Girls. Estados Unidos: HBO





# CON B DE BERTA

*Cristina Trujillano Marin*







## Novela: Con "B" de Berta

MAYO 2017

### 1. Toda historia tiene un comienzo

¿Sabes lo que es ir a una entrevista de trabajo y encontrarte allí con tu ex-pareja, el chico que te dejó hace tan solo seis meses? Pues yo lo supe uno de los días más importantes de mi vida. Bueno, quizás no el más importante, pero sí el que desencadenaría un cambio radical en mi vida; de esos que dan hasta vértigo solo de pensarlo.

Pues allí estaba yo, nerviosa, como era costumbre ya en todos mis castings ¡Ah! Porque no te he contado que mi sueño era ser actriz ¿Verdad? Pues sí, actriz de las que escogen proyectos que se salen de la norma y rompen esquemas. A decir verdad, ni siquiera tenía la mínima esperanza en ser la elegida en este casting, pero como decía Afri, mi amiga del alma y archienemiga vital a ratos, por probar no perdía nada.

Como os he dicho antes, yo estaba nerviosa. Es decir, que no paraba de andar de un lado para otro dando vueltas en la sala de espera de la productora, que no medía más de diez metros cuadrados. Un espacio minúsculo y yo venga de aquí para allá todo el rato. Me miraba en el espejo, me retocaba el maquillaje, me colocaba bien la blusa y volvía a caminar de nuevo. De vez en cuando también miraba el reloj y parecía que no pasaban las horas hasta que me di cuenta que, efectivamente, no pasaban las horas porque estaba roto y las agujas no se movían.

Me convencí de que lo mejor era esperar sentada y creo que las otras dos aspirantes que llevaban todo el tiempo con sus culos perfectos sin una pizca de celulitis pegados a sus respectivos sillones, me lo agradecieron.

Abrí el bolso y rebusqué entre mis cosas con la idea de coger el móvil para distraerme un rato, pero aquello parecía el bolso de Mary Popins, el bolsillo de Doraemon y el armario de Narnia, todo junto. El neceser con el maquillaje, un peine de viaje, un cargador portátil (recargado al 100%, por supuesto), un espejito de mano, la cartera, unos *snaks* que mi madre siempre me obligaba a llevar, un paquete de pañuelos, crema hidratante, un frasquito de colonia de Loewe de muestra, un tampón, esmalte de uñas y ni rastro de mi móvil. Creo que la cara se me puso pálida de golpe porque estaba segurísima de haber salido de casa hablando por teléfono con mi padre, lo que significaba que si no estaba conmigo en ese momento, estaría en manos de cualquier zarrapastroso que no sabría cuidarlo con el mismo mimo que yo. Me puse de pie para buscar bien en los bolsillos de mi pantalón y las dos chicas me miraron intentando que no se les notara su desprecio absoluto hacia mi persona. Me senté rápidamente con las manos vacías. Ya estaba pensando en el rescate para quien encontrara mi maravilloso teléfono cuando recordé que mi bolso tenía una pequeña cremallera en la parte trasera. Si, el móvil estaba justo allí, donde yo lo había dejado hacía unos escasos 20 minutos. Puse el código de desbloqueo, abrí *whatsapp* y pulsé el último contacto con el que había hablado esa misma mañana.

"Afri, si tú fueras director de casting qué me dirías?"

"Que me la chupes un rato a ver qué tal se te da. Así es como lo hacéis en el mundillo de la tele, no?"

"Va, en serio, no seas burra. Estoy nerviosa y aquí hay dos tías buenísimas esperando también para el casting. No tengo nada que hacer"

"Bueno, no te preocupes. Seguro que tú la chupas mejor que ellas"

"África, de verdad... creo que esto no es para mí"

"Que sí, tonta, si es lo que llevas soñando desde siempre. Relájate y verás cómo saben ver tu potencial."

"Lo intentaré"

"A lo mejor no te piden ni que se la chupes"

"Ya, bueno "

"Me vienes a buscar a la salida del curro y nos tomamos algo? Así me cuentas qué tal te ha ido"

"Vale"

"A las dos en el hall? Ponte guapa que te voy a llevar al mejor sitio de todo Madrid"

"Así de guapa?"

Pulsé el icono de enviar fotos hechas en el momento y me puse de pie colocándome frente a la puerta de espaldas a los otros dos pironazos para que no me vieran hacer el ridículo. Enterré la barbilla todo lo que pude hacia mi garganta, coloqué mis paletas por encima de mi labio inferior y me concentré al máximo en ponerme bizca. Esa cara me salía de maravilla. Me sentía orgullosa del nivel de perfección que había alcanzado después de tantas fotos de entrenamiento enviadas a África, pero el destino quiso que todo mi orgullo se convirtiera de golpe en la más absoluta vergüenza cuando la puerta se abrió y vi salir a Jorge. Tan sonriente, tan guapo, tan... él.

—¿Qué haces aquí?— Se acercó a mí para darme dos besos.

—¿Que qué hago aquí?

Eso me gustaría a mí saber, qué estaba haciendo allí. No tenía posibilidades ninguna, pero después de seis meses sin verle, tenía que fingir una seguridad en mí misma digna de haber superado perfectamente una ruptura sentimental.

—Me presento al casting y... veo que tú también ¿No?—. Y se me escapó la risita tonta que soy incapaz de controlar cuando estoy nerviosa.

—Sí, yo también. A ver si hay suerte.

Nos quedamos los dos en silencio y hasta callado seguía estando guapo. Con esa piel morena que no se aclaraba ni en invierno, esos ojos negros y brillantes a juego con su pelo; y esa barba incipiente que me volvía completamente loca desde el día en el que lo conocí.

—¿Te ha contestado ya África?

—¿Qué?

—A la foto que le acabas de enviar. Era para ella ¿No? -Maldito hijo de perra, qué bien me conocía y cómo me gustaba eso. Me estaba poniendo roja bermellón y no sabía si era por la vergüenza de que me hubiera visto o por lo sexy que me seguía pareciendo.

—Ah, sí. Para África—. Sonreí algo nerviosa.



En ese momento se volvió a abrir la puerta y salió una señora de unos 50 años con pelo corto, gafas de pasta y un folio en la mano. Miró el papel detenidamente y comenzó a leer el siguiente nombre de la lista.

—Berta Montes Salgado -Alzó la vista buscando respuesta.

—¡Soy yo!—. Dije al mismo tiempo en el que el corazón se me ponía a mil. Salvada por la campana.

—Adelante—. La mujer volvió a entrar en la habitación sin ni siquiera esperarme y yo le seguí tan rápido como pude.

—Me alegro de verte. Y la puerta se cerró tras mi paso.

Aquella mañana, África se había levantado de la cama con bastante tiempo de sobra como para no llegar tarde al trabajo y eso no era nada habitual en ella. Si por aquel entonces hubiéramos estado compartiendo piso, me habría preocupado muy seriamente al verla desayunar tan pronto, pero África vivía sola en un pequeño apartamento en el centro que había heredado su padre hacía tan sólo un año. Al principio no estaba del todo contenta con la casa, pero finalmente decidió mudarse, vaciarlo por completo y redecorarlo a su gusto. Ventajas de ser una niña rica... A mí me gustaba llamarla *Lady* o *Condesa* para enfadarla, pero lo cierto es que ya me hubiera gustado tener esas facilidades económicas.

El hecho es que aquel día hacía seis meses que había comenzado a salir con Miguel y se moría de ganas por verle. Había planeado ir por la noche a cenar al "*Shalakabula*", un nuevo restaurante pijo y moderno de los que le gustaban a ella que acababa de abrir sus puertas en una de las zonas caras por las que yo ni me atrevo a pasar. Luego irían a casa de él, que les pillaba más cerca y tenía unas vistas impresionantes en la habitación desde las que se podía ver todo Madrid. Allí pasarían la noche haciendo el amor y prometiéndose toda esa serie de cursiladas que Afri decía últimamente, y despertarían abrazados, desnudos y sudorosos, como a ella le gustaba despertar. Y no es que África fuera una chica de planear bien las cosas, pero con Miguel era todo diferente. A decir verdad, había veces en las que me apetecía pegarle una buena hostia y preguntarle que qué cojones había hecho con mi amiga la loca del coño, pero África todavía no nos lo había presentado formalmente y yo soy muy de cuidar las primeras impresiones.

El chico de seguridad que vigilaba la entrada del edificio donde se encontraban las oficinas de *Premiere*, la revista para la que trabajaba África, no pudo evitar su sorpresa al verla llegar tan pronto.

—¿Pero qué ven mis ojos? ¿Ya son las 10 y media?

—Muy gracioso, Óscar—. África le guiñó un ojo al mismo tiempo que le sacaba la lengua porque ante todo, mi amiga era coqueta. —Son exactamente las 09:43. Ni un minuto más, ni un minuto menos.

—¿Y quién se ha tenido que morir para que llegues hoy tan pronto a trabajar?

Afri se puso las gafas de sol que tenía colocadas en la cabeza a modo de diadema, suspiró casi sin fuerza y con un hilo de voz, contestó.

—Mi abuela. Anoche mientras veía *Sálvame Deluxe*. Estamos todos hundidos en casa.

—¡Ostras! ¿De verdad? Lo siento mucho, en serio—. Óscar abandonó su pose de segurata y se acercó a África para apoyar la mano en su hombro. Al ver el gesto, África hundió rápidamente la cara en ese fornido pectoral. Se abrazó a él durante unos segundos hasta que no pudo aguantar más y estalló en carcajadas. Óscar se separó de ella extrañado mirándola con incredulidad.

—¡Vaya pringado! ¡Mi abuela está más viva que tú y que yo! Me gustaría que la vieras en sus clases de *Zumba*. Tiene un ritmazo que no me extrañaría verla aparecer cualquier día de la mano del monitor.

Óscar soltó una carcajada.

—Estás loca

—Loca del coño, como me dice Berta. Algún día te la tengo que presentar. Está tan buena como tú.

—Soy gay, África. Conoces a mi novio.

—Sí pero también hay que estar un poco más abierto de mente ¿No? *Open mind*. Al final resulta que los gays sois siempre los más tradicionales.

Óscar se quedó callado. Después de verla entrar y salir mientras decía barbaridades durante los últimos 7 meses, ya no sabía ni qué contestarle.

—En fin, me voy ya a trabajar, que para un día que llego pronto quiero que todos me vean sentada en mi mesa cuando vayan llegando para que les sirva como ejemplo de buena profesionalidad.

—Adiós, tarada.

Al llegar a su mesa, tenía un post-it de su jefe pegado al teclado del ordenador.

"Ven a mi despacho en cuanto puedas"

Y el cartel de "PELIGRO" se iluminó en su cabeza con unas letras de neón rojas súper horteras que no paraban de parpadear.

África se levantó de su silla con las piernas algo temblorosas. Se colocó bien la cintura del pantalón pitillo negro que había conjuntado esa misma mañana con una camiseta informal blanca con rayas negras y un blazer rosa bebé que aportaba seriedad al estilismo. Y como guinda del pastel, sus tacones negros de Lolita Blu, que para ella eran un básico más dentro de su armario.

Caminó con paso firme hasta la puerta blanca de madera en la que podía leerse "M. Sauras, Director Creativo", se atusó como pudo el pelo con las manos y llamó a la puerta utilizando sus nudillos.

—Adelante.

África abrió la puerta, pero esperó a estar completamente dentro del despacho y haber cerrado de nuevo para sonreír, aunque al otro lado de la mesa, su jefe ni siquiera levantó la vista de la pantalla de su ordenador.

—Siéntate



Esas palabras le decepcionaron un poco. Ni siquiera el primer día de trabajo se había dirigido a ella de una forma tan fría, pero no quiso hacerle esperar y caminó intentando no hacer ruido hasta llegar a una de las sillas que había situadas frente a la mesa.

—Tú dirás—. Consiguió decir finalmente intentando aparentar seguridad.

El Señor Sauras se acomodó en su sillón y con las manos entrelazadas apoyadas sobre su mesa, miró por primera vez a África sin poder contener una sonrisa.

—Hoy estás muy guapa.

África sonrió también liberando toda la tensión que tenía acumulada desde que entró en aquel despacho hacía solo un momento.

—Tú tampoco estás mal—. Contestó coqueta. A pesar de todo, desde que lo había visto concentrado en su ordenador no había podido parar de pensar en subirse a la mesa para atravesarla y quitarle la ropa del modo más rápido y salvaje que le fuera posible.

Su jefe tenía la piel clara y los ojos de un azul tan intenso que destacaban aún más el contraste con su pelo rubio oscuro; tan oscuro que casi parecía castaño y unas cejas anchas del mismo color. Tenía un mentón marcado acompañado de unas facciones muy varoniles, pero lo que más le gustaba a África desde el principio eran sus labios. Los labios más carnosos que había visto jamás y que provocaban en ella un efecto tan atrayente como si fueran un imán de neodimio extremadamente potente. Por eso cada vez que el Señor Sauras sonreía, África sentía un fuerte cosquilleo en su zona más íntima que era cada vez más difícil de controlar.

—África, esto que tengo que decirte no te va a gustar, pero no he podido hacer otra cosa.

Su sonrisa se convirtió en un gesto mucho más serio y aún así estaba guapo, para qué negarlo.

—¿Qué ha pasado? ¿Me echáis?— África se inclinó hacia delante, colocando las manos abiertas sobre la mesa de su jefe. —Todavía me quedan cinco meses de contrato.

—No, no. No es eso—. El Señor Sauras sonrió con tristeza y colocó sus manos sobre las de África.

—¿Entonces?

—El reportaje fotográfico de hoy. No lo vas a hacer tú.

—¿Qué?— África retiró rápidamente las manos. —Me dijiste que me dabas esta oportunidad ¿Ya no confías mí?

—No es eso... Son órdenes de arriba.

Al oírlo, África no pudo evitar soltar una risa sarcástica.

—¿Órdenes de arriba? ¡Pero si el de arriba es tu padre, por el amor de Dios! ¿No eres capaz de tomar decisiones tú solito?

—Es mi padre pero también es mi jefe. Hay que saber separar el lado personal del profesional si no quieres arrepentirte luego.

En un impulso de rabia, África se levantó y caminó hacia la puerta para darle la espalda a su jefe. Las lágrimas amenazaban con salir de sus ojos y recorrer sus mejillas a toda velocidad.

—¿Y no crees que ya es demasiado tarde para eso?— Consiguió decir casi sin voz.

El Señor Sauras caminó hacia donde estaba África. Le abrazó desde atrás y le dejó un beso en la sien.

—Esto no se trata de ti y de mí—. Respondió él con un tono mucho más calmado que el de ella. Suspiró y siguió hablando. —Ya sabes que no va a ser fácil. Lo sabíamos desde el principio, pero yo sigo queriendo intentarlo—. Dijo mientras acariciaba con suavidad uno de sus brazos.

África se giró y apoyó la cara en el pecho de su jefe.

—A veces pienso que me tienes como una mera distracción en el trabajo y que te cansarás pronto de mí. El Señor Sauras colocó los dedos en el mentón de África haciendo que le mirara a los ojos.

—¿Crees que me jugaría mi puesto de trabajo por una mera distracción?— Sonrió con tristeza. —África, esto va totalmente en contra de las normas que yo mismo me había impuesto, pero es que no puedo evitarlo. No puedo evitarte.

—Y no lo intentes porque no lo vas a conseguir—. África sonrió también. — Miguel... ¿Crees que algún día podremos hacer público lo nuestro? Ya sabes... en el trabajo. Poder ser una pareja normal que no tiene que esconderse por los pasillos para poder darse un beso.

La mirada de su jefe se dirigió entonces hacia el suelo.

—Da igual—. Dijo decepcionada. —Olvida lo que te acabo de decir.

Eran las 10 de la mañana cuando Sandra se despertó de nuevo sola en su piso. Sola y feliz, por fin. Después de casarse tan joven y ver cómo su matrimonio se acababa, huyó del pueblo de sus padres y se mudó a la capital con la intención de empezar una nueva vida desde cero, sin sus antiguas costumbres ni manías, sin nada que le atara, sin la Sandra del pasado.

Se preparó el café y sacó de la nevera una tarta de zanahoria y coco que había hecho la tarde anterior. Cortó una pequeña porción y la volvió a guardar. Luego pensó que la vida de repostera le acabaría pasando factura en su físico, pero eso ya no le importaba. La nueva Sandra no pretendía gustarle a nadie más que a ella misma, y por suerte, a ella le encantaba su nueva yo.

Desayunó a toda prisa, se vistió lo más cómoda que pudo y guardó algo de ropa más elegante en una bolsa que se pondría más tarde. Se recogió el pelo en un moño alto para que no le molestara mientras trabajaba y cargada de ilusión decidió ir a *Petits péchés* caminando para disfrutar del aire fresco antes de enfrascarse de lleno en el caos que le esperaba aquella tarde.

De camino a la pequeña pastelería, sacó su teléfono móvil del bolso y escribió en el grupo de *Whatsapp* llamado "Chuminas".

"Chicas, cuento con vosotras esta tarde para la inauguración de la pastelería. A las 17:00 allí. En cuanto llegue os mando la ubicación para que no os perdáis. No faltéis que voy a necesitar una buena copa de vino cuando todo acabe y beber sola no está bien visto".



Carlota recibió el mensaje durante su horario de trabajo, pero decidió no prestarle demasiada atención... y al trabajo tampoco. Le resultaba más interesante el chico que tenía empujando entre sus piernas.

Lo había conocido hacía dos noches en "La Luna", el local en el que trabajaba como camarera y unas horas más tarde, justo después de cerrar, se dedicaron a follar en el almacén como si fuera lo último que pudieran hacer en este mundo.

Aquella mañana, Hugo, que así se llamaba el semental, se había acercado al bar esperando encontrársela de nuevo; y, efectivamente, ahí estaba ella, secando algunos vasos y colocándolos luego sobre la estantería.

—¿Qué haces tú aquí?— Dijo Carlota algo incómoda.

—¿Qué suele hacer la gente en los bares? —Hugo se acercó a la barra y se sentó en uno de los taburetes que había cerca de donde Carlota se encontraba.

—Beber—. Contestó ella sin dejar de secar los vasos.

—Ponme una caña entonces.

Carlota soltó el trapo que tenía en la mano y colocó el último vaso que había estado secando bajo el grifo de cerveza hasta que la espuma llegó a rebosar.

—Aquí tienes—. Dejó el vaso frente a Hugo y rodeó la barra para salir de ella y sentarse a su lado aprovechando que el bar estaba vacío. —¿No crees que es muy temprano para beber?

—Necesitaba una excusa para verte.

Carlota se puso seria.

—Creí que anoche lo habíamos dejado claro.

—¿El qué?

—Que sólo era sexo. Nada de compromisos, ni promesas, ni gilipolleces de esas.

—¿Crees que he venido a prometerte algo?— Dijo Hugo riéndose. —Como mucho te puedo prometer un orgasmo tras otro hasta que no puedas más.

—No seas fantasma.

—¿Tienes mucho curro?

Carlota miró a su alrededor y Hugo la imitó observando el bar completamente vacío.

—Ya ves que no.

—¿Y por qué no hacemos algo para divertirnos?

Hugo le cogió de la mano y la atrajo hacia él, apoyando la otra mano en su cadera. Carlota respondió rodeando su cuello con los brazos para dejar un leve beso en sus labios.

—No quiero que me echen.

—Nadie tiene por qué enterarse—. Un nuevo beso, esta vez algo más intenso que el anterior.

—¿Y si viene algún cliente?

—Le atiendes mientras te hago un cunnilingus por debajo de la barra.

Carlota no pudo evitar soltar una fuerte carcajada.

—Suena tentador...

Hugo volvió a besar a Carlota invadiendo su boca con la lengua mientras, con la mano colocada al final de su espalda, la acercaba hacia él haciéndole notar su incipiente erección.

El siguiente paso fue volver a entrar en el almacén tal y como había ocurrido la noche anterior.

## 2. Proceso de asimilación

A las 13:45 de la tarde, ya me había dado tiempo de llamar a mis dos padres para contarles lo mal que me había ido en el casting, ir a Stradivarius a mirar ropa que no me podía permitir comprar, tumbarme un rato en los jardines de El Retiro y ponerme a llorar. Sobre todo llorar hasta vaciarme por dentro.

Cuando conseguí recomponerme, me retoqué un poco el maquillaje para disimular los ojos hinchados y fui al trabajo de África tal y como habíamos hablado por *Whatsapp*.

Así que allí estaba yo, quince minutos antes de tiempo sentada en el *hall* de una importantísima revista de moda con las paredes repletas de sus portadas más famosas con gente muy exitosa. Justo lo que mejor me venía en ese momento y espero que hayáis podido percibir la ironía en mis palabras.

Al ver que los minutos pasaban y yo seguía allí sentada, una jovencísima y guapísima recepcionista se acercó a mí.

—Disculpe ¿Tiene alguna cita concertada?

—Oh, no—. Contesté algo avergonzada. —Estoy esperando a África Ortega. Trabaja aquí y había quedado con ella a la salida del trabajo.

—Lo siento mucho, pero en ese caso voy a tener que pedirle que la espere fuera. No está permitido permanecer aquí sin autorización.

—Claro, discúlpeme—. Contesté mucho más avergonzada que antes. Me levanté tan rápido como mi cuerpo me lo permitió y salí del edificio. Sin trabajo y sin techo en el que esperar... Genial, Berta.

—Te lo advertí—. Me dijo el chico de seguridad de la entrada con una sonrisa.

—Había que intentarlo—. Sonreí

—¿Quieres un cigarro? Todavía queda un rato para que den las dos y tu amiga suele salir más tarde últimamente.

Hacía tiempo que había dejado de fumar, pero aquel día me merecía unas cuantas caladas para liberar mi ansiedad, así que no me lo pensé dos veces y lo acepté enseguida.

—Pero tienes que fumártelo en la calle. Si te ven fumar en la puerta se me puede caer el pelo.

—Claro.

—Si rodeas el edificio te puedes poner bajo la sombra de los aparcamientos.

Encendí el cigarro, le devolví el mechero y caminé hacia el aparcamiento. Allí me apoyé en una de las farolas en las que daba la sombra y volví a replantearme mi existencia en este mundo.

Con 26 años, sin novio, en paro, viviendo en la casa de mi madre... Estaba claro que algo no estaba haciendo bien. África y Carlota solían decirme que no me arriesgaba en la vida, que inconscientemente me había acomodado en la situación por la que estaba atravesando y que nunca tomaba decisiones que me hicieran cambiar el rumbo; pero lo peor de todo aquello era que tenían razón.

Para cuando decidí ser actriz con 12 años, ya llevaba 11 en la agencia de modelos, así que se podría decir que esa decisión la tomaron mis padres, la única decisión que podría considerarse importante. El resto de mi vida se puede resumir en un par de novios cuya relaciones terminaron porque ellos así lo decidieron, un año de vida en Londres porque



a África le pareció que podía ser divertido y 9 años con una larga melena teñida de rubia porque mi anterior representante decía que así conseguiría más contratos en el mundo de la imagen y, aunque ya hacía algún tiempo que dejamos de trabajar juntos, tengo que reconocer que me encantaba tener este pelazo.

Estar en la revista en la que trabajaba África siempre me hacía sentir extraña. Nunca he sido envidiosa y mucho menos para con mis amigas, así que me alegraba y enorgullecía el hecho de que una mis chuminas estuviera consiguiendo alcanzar su sueño. El problema llegaba cuando, dejando a un lado los sentimentalismos, me daba cuenta de que hacía años que yo no avanzaba en mi carrera y eso era algo por lo que no me sentía espacialmente bien. Suerte que en ese momento tenía un cigarro al que absorber toda su porquería y mezclarla con la mía para sentirme algo mejor. Menos por menos es más, ya se sabe.

Me concentré en el humo que salía elegantemente de entre mis labios y, dado que acababa de encontrarme a mi ex hacía tan solo unas horas, me dediqué a pensar en todo lo que echaba de menos de él. Su sonrisa perfectamente ladeada, su tupé siempre bien peinado, su tono de piel morena envidiable incluso en invierno, su guiño de ojos con el que hacía detener mi mundo y el de todas las féminas de su alrededor.

Un dato importante que deberías saber es que Jorge era modelo. Lo era antes y lo sigue siendo ahora porque, a pesar de los años, sigue estando bueno de la hostia. Tenía una figura y un saber estar que a mí, personalmente, me dejaba sin aliento.

La tarde que me dejó era poco después de Navidad. En Madrid estaba nevando y todavía se podía hacer uso de la pista de patinaje sobre hielo que el ayuntamiento había instalado en Sol. Horas antes me había enviado un *whatsapp* diciéndome que necesitaba verme y yo, que sabía desde hacía tiempo que las cosas no iban del todo bien entre nosotros, preferí pensar que necesitaba verme como lo necesitan dos enamorados.

Una vez allí y con mis pies dispuestos a sufrir durante un buen rato sobre aquellos patines alquilados, me dijo que había conocido a otra. Aquello me sentó fatal, pero no le culpo. No me fue infiel ni me engañó. Simplemente hacía tiempo que había dejado de quererme como hay que querer a una pareja y el golpe de realidad se lo llevó al conocer a Sara, una chica guapísima y simpática a más no poder. Durante mi primera noche estrenando soltería hicimos una quedada de Chuminas en el piso de Sandra para cotillear todas sus redes sociales y sacarle trapos sucios con los que poder sentirme mejor que ella, pero es que Sara era tan perfecta que yo no pude hacer otra cosa que alegrarme porque Jorge pudiera volver a ser tan feliz como lo era conmigo al principio. Tardé un tiempo en digerir las palabras de África: "Sara es esa clase de chica que siempre he soñado tener sin ni siquiera saber que lo quería. Sólo le falta tener un buen nardo entre las piernas."

El caso es que hasta mi amiga del alma prefería a Sara antes que a mí y desde entonces solo era capaz de ver por la calle a parejas felices paseando cogidas de la mano, regalándose besos y haciéndose carantoñas; lo cual dificultaba aún más el periodo de adaptación a mi nuevo estado de soltería. O lo que es lo mismo, estar más sola que la una.

Ya prácticamente había superado esa etapa de odio hacia las personas que venían en pack de dos, pero aún así no podía evitar quedarme mirándolas un rato, anhelando esas muestras de cariño que se daban entre ellos y que yo, días atrás, tuve con Jorge. Como aquellos dos que estaba viendo en ese mismo momento en el aparcamiento de la revista. Al principio sólo se besaban y tonteaban el uno con el otro, pero poco a poco sus manos cogiendo más confianza y ya habían llegado a un punto en el que hasta yo misma me estaba excitando sólo de mirarlos. Él, que a pesar de no ser mi tipo de hombre ideal estaba de muy buen ver, apretaba fuerte a la chica entre sus brazos y la empujaba con su cadera contra uno de los coches haciendo que rozaran sus partes más sensibles. Una de sus grandes manos bajó por la cintura de ella y siguió descendiendo hasta agarrarle el culo con fuerza. Ella respondió subiendo sus dos piernas hasta rodear la cadera de aquel dios griego y yo no pude más que ruborizarme ante tal escena de sexo explícito ¿Es que pensaban montárselo allí mismo? Seguro que había un montón de cámaras de seguridad enfocándoles mientras ellos seguían a lo suyo.

El hombre, rubio y con una planta asombrosamente masculina, cogió en brazos a la chica, haciendo que su espalda se despegara del coche girando sobre sí mismo para ser él quien permaneciera apoyado.

Fue entonces cuando pude ver al fin la cara de la afortunada. África, cómo no.

Apenas faltaban unas horas para la inauguración de la pastelería y a Sandra le parecía que todo aquello estaba hecho un desastre. Era uno de esos momentos en los que Sandra, la mujer valiente que no teme empezar de cero una y mil veces, la que podía con todo y más, sentía que había aspirado demasiado alto y no era capaz de seguir adelante con todo aquello.

¿Montar una pastelería con dulces caseros? ¿Es que se había vuelto loca? Necesitaba alguien que atendiera las mesas, alguien que le ayudara a cocinar, alguien que limpiara el estropicio que acabaría siendo la cocina cada día...

Sacó de una pequeña cajita la llave que con tanto mimo guardaba y la utilizó para abrir la puerta de madera blanca que daba paso al local. Allí, las paredes de diferentes tonos pastel daban claridad al espacio, algo que Sandra siempre tuvo muy claro que necesitaría.

La pared del fondo era su favorita. Era la única alicatada con loza de granito claro y estaba decorada haciendo un collage con diferentes utensilios que se utilizan a menudo en la repostería, tales como moldes, mangas pasteleras, rodillos, cortadores de fondant, y su favorito: Una hoja transfer de las que se colocan bajo los pasteles para decorarlos en la que las chicas y yo le habíamos escrito nuestras mejores palabras de ánimo.

Todas sabíamos que Sandra era una chica fuerte, o al menos la vida le había hecho comportarse así. Acostumbrada a vivir en el pueblo de sus padres y a trabajar en la pastelería que ellos mismos regentaban, se casó con su novio de toda la vida al poco de cumplir 22 años. A veces pensaba que todo estaba yendo demasiado rápido, pero sabía que eso era lo que tenía que hacer.

Tras la boda, los pájaros que sobrevolaban su cabeza desde hacía tiempo no hicieron más que acentuarse y hacer más ruido. Ella no quería vivir para siempre en La Hiruela, que así se llamaba el pueblo en el que nació. No quería pasar las horas en una pastelería que no innovaba, que no crecía y que no experimentaba con nuevos sabores o texturas. Y lo peor de todo, cuando llegaba a casa, se sentía más relajada si aquel día su marido salía más tarde de trabajar y podía dedicarse un tiempo para sí misma en soledad.

Un día, al levantarse por la mañana temprano, no podía parar de llorar. Llamó a sus padres y les dijo que no iría a trabajar. Se subió a su coche y condujo atravesando distintas pedanías hasta acabar en un pequeño hostel en el que decidió hospedarse aquella noche. Puso el móvil en silencio y no contestó a ninguna llamada, ni de sus padres, ni de su hermano, ni de su marido. Simplemente se tumbó en la cama mirando al techo mientras pensaba en cosas que pudieran hacerle feliz. Pensó en su perro, que ya no vivía con ella porque pertenecía a la casa familiar (aunque Sandra nunca tuvo ese sentimiento de posesión con sus animales); pensó también en su hermano, con el que había compartido tan buenos momentos desde que llegaron juntos al mundo y que ahora vivía en Londres con su futura esposa; y pensó en todas las creaciones y fracasos que salieron de sus manos durante su etapa de estudios en hostelería.

Se dio cuenta entonces de que poco le quedaba de aquello que le hacía realmente dichosa y, con ideas locas de un futuro mejor, se acabó quedando dormida. Así, tras un año y medio de matrimonio, se divorció de forma amistosa con su marido, que al parecer tampoco era del todo feliz, y se mudó a Madrid para empezar de cero ganándose la vida como profesora en unos cursos de cocina con bastante renombre.

Por eso todas sabíamos que Sandra era una mujer hecha a sí misma, que vivía la vida que había escogido vivir y que, por otro lado, nosotras éramos su único apoyo aquí en Madrid. Jamás nos perdonaría si alguna de nosotras faltaba a la inauguración.

Contemplando con orgullo, pero también con miedo el local, decidió sentarse en el sofá que abarcaba el largo de una de las paredes cubierto con varios cojines de colores algo más oscuros. Era un local pequeño, pero acogedor. Soltó las bolsas en la mesita de madera gastada pintada de azul cian que tenía justo delante y se dirigió al mostrador que simulaba un carrito de chucherías enorme. Minuciosamente, comenzó a sacar de la nevera todas las tartas que había estado preparando el día anterior y a terminar de decorarlas para poder colocarlas en su sitio. Todo tenía que estar perfecto.

—Eres perfecto.— África acarició el carnoso labio inferior de Miguel con su dedo índice y no pudo evitar relamerse mientras sentía el tacto de su boca.

—Vámonos a mi casa—. Miguel apretó un poco más a África contra el coche en el que estaban apoyados y subió una de las manos hasta su pecho para apretarlo con fuerza mientras invadía su boca con la lengua. África gimió de placer, pero se acabó deshaciendo del beso dejando sus labios a escasos milímetros de distancia. Podían respirarse el uno al otro.

—Tengo que terminar de trabajar.



—Soy tu jefe. Hoy las horas extra las haces en mi casa—. Sonrió

—Si eso fueran horas extra ahora mismo me deberías una pasta—. África aflojó con una mano el nudo de la corbata de Miguel, desabrochó el primer botón de la camisa y lamió su cuello de abajo a arriba, culminando al llegar a la barbilla con una sonrisa de lo más pícaro mientras miraba a los ojos de su chico.

—¿Eres consciente de lo que me haces?

—Llevas como media hora clavándomela en la pierna.

Ambos sonrieron

—Déjame que te invite a comer.

—Hoy no puedo. He quedado ahora con Berta para ir a tomar algo.

—Berta era... ¿La de los castings?— Su cara no mostraba demasiada seguridad.

—¡Bingo! Algún día la conocerás, pero por ahora como premio te llevas un beso antes de que me vaya.

África estaba dispuesta a marcharse ya cuando Miguel la volvió a coger de la cintura y la atrajo de nuevo.

—No sé con qué clase de chicos acostumbras a estar, pero los besos se dan así. Subió una de sus manos hasta el cuello, que acarició levemente con el dorso de los dedos mientras acercaba su boca a la de ella y, enredando los dedos de la otra mano entre los mechones de África, le dio el beso más sensual que yo había visto hasta la fecha.

—¿Nos vemos luego?— Miguel rozó su nariz con la de África en un gesto cariñoso mientras esperaba una respuesta.

—Puede que te haga una visita cuando acabe con Berta, pero será una visita breve.

Miguel tensó la mandíbula.

—No quiero que seas mi puta, África. Quiero pasar tiempo contigo de verdad.

—¿Es eso lo que crees que soy? ¿Tu puta?— África separó bruscamente su cuerpo del de Miguel y le miró a los ojos de forma desafiante.

—Yo no he dicho eso—. Contestó serio. —Digo que quiero compartir cosas contigo y no sólo estar follando por las esquinas—. Su tono de voz se elevó.

—Miguel, no voy a seguir con esto. No tengo por qué darte explicaciones de a dónde voy o dejo de ir. Tengo otros compromisos que atender y no voy a dejar de lado a mis amigas porque tú quieras tenerme a tu servicio, por muy jefe mío que seas. Esto no es el trabajo ¿Me oyes? Aquí los dos estamos en igualdad de condiciones.

Se dio media vuelta y se marchó sin escuchar lo que Miguel tenía que decirle.

Antes de que África se diera cuenta, volví a rodear rápidamente el edificio y me senté en las escaleras de la entrada para que no supiera que lo había estado viendo todo. Prefería que fuera ella quien me lo contase personalmente si es que quería hacerlo.

—¿Llevas mucho tiempo ahí sentada?

—No, no te preocupes—. Sonreí algo forzada.

—¡Dame dos besos, anda!— Me cogió del codo de forma efusiva y me abrazó.

—¿Qué tal el casting?

—Como siempre... da igual—. No quise ahondar demasiado en el tema. —Y dime ¿Dónde me vas a llevar esta vez?

—Es una sorpresa. Sube al coche.

África tenía un Mini rojo desde hacía unos meses. Cuando sus padres se lo regalaron por su cumpleaños me quise morir de la envidia, sinceramente. Yo llevaba años ahorrando para poder comprarme una motillo de segunda mano y a África le cae del cielo el coche que siempre quiso tener. La maldije durante los días posteriores, pero a decir verdad, ese coche era ya casi tan mío como suyo. Hasta tenía una copia de la llave en mi llavero por si lo necesitaba para alguna urgencia. Aquel Mini se acabó convirtiendo prácticamente en un miembro más del grupo. Era como la típica amiga que siempre estaba dispuesta a escuchar y había sido escenario de todo tipo de confesiones. Sentarse en ese coche era sinónimo de charla continua y por eso esta vez las dos nos sentíamos tan raras sin decir ni una sola palabra. Finalmente, como una de esas veces que necesitas estornudar y no lo puedes contener, abrí la boca.

—¿De verdad te estás tirando a tu jefe?!— No sé qué se podía intuir más de mi tono, si la sorpresa de la noticia o la incredulidad de la inconsciencia que África estaba cometiendo.

—¿Qué?— Me miró un segundo con los ojos abiertos como platos y volvió a dirigir la vista hacia la carretera apretando el volante con fuerza como cuando se pone nerviosa. —¿Por qué dices eso? ¿Quién te lo ha dicho?

—He estado en el aparcamiento, África. Y suerte que os he visto desde lejos porque casi me ensarta un ojo con su polla.

—No se lo digas a nadie—. Ella y su tono de súplica. No le podía decir que no.

—¿Pero es que te has vuelto loca? ¿Sabes la de problemas que te puede traer esto?— Me giré hacia ella esperando una explicación lógica.

—Ya, ya lo sé—. Se mordió el labio inferior con fuerza. —¡Joder!— Dio un golpe en el volante con la palma de la mano y me volvió a mirar aprovechando que se acababa de parar frente a un semáforo en rojo. —¿Crees que no lo sé? Es todo una montaña rusa, Berta. Estoy eufórica y acojonada al mismo tiempo. No sé cómo hablarle cuando estamos en el trabajo, no sé cómo reaccionar cuando están los compañeros delante, no sé cómo va a salir todo esto—. Una lágrima recorrió su mejilla. —¿Pero qué pasa si no lo intento? Ni siquiera puedo no intentarlo, no soy capaz.

Coloqué la mano en su hombro y luego le sequé la mejilla con el dedo.

—¿Sabes qué? En el fondo no me sorprende—. Sonreí y el semáforo se puso en verde. —En el colegio siempre te enamorabas de los profesores. Incluso llegaste a acostarte con aquel del curso de fotografía ¿No? El poder te pone.

África soltó una sonora carcajada.

—Eres imbécil.

—¿Y ahora qué?— Dije algo más seria.

—¿Qué pasa?

—Que tenéis problemas que solucionar y no podéis dejar que os afecte en el trabajo. Él te puede putear mucho y estoy segura de que no le gustaría que yo fuese a cortarle los huevos.

—¡Oh! Seguro que no... les tiene mucho aprecio ¿Sabes?

—¡Para! ¡No quiero saber más!— Me reí mientras colocaba las manos a ambos lados de la cabeza para taparme los oídos.

—Dejemos de hablar de mis problemas entonces. Cuéntame cómo te ha ido en el casting—. Preguntó mientras aparcaba en un hueco que, para su suerte, era bastante espacioso.

—Casi prefiero seguir hablando de los testículos de tu jefe—. Contesté algo desanimada. —Lo de siempre: tías buenas, secretarias antipáticas y gente falsa. No creo que me cojan.

África puso el freno de mano y colocó su mano en mi pierna.

—No te desanimes. Yo confío en ti.

—¿Sabes quién más estaba allí?

—¿Quién? ¿Algún famoso?— Preguntó ilusionada.

—Jorge

—¡¿Jorge?! ¿Qué Jorge?— Casi se le quedó la misma cara que a mí cuando le vi aparecer por la perta.

—Mi Jorge

—¿Y qué hiciste?

—Interpretar el papel que mejor se me da últimamente: el de ex-novia que ya lo ha superado y es súper feliz con su nueva vida.

—Vamos, Berta. Ya han pasado seis meses. Ningún tío merece tanto luto.

Agaché la cabeza y al volver a levantarla me di cuenta de lo que había a nuestro alrededor.



### 3. Propositiones

A través de la luna del coche podía ver el escalón en el que tantas ocasiones había estado esperando a África, la tienda de maquillaje en la que solíamos dejarnos el dinero del mes y el bazar del chino Juan en el que otras tantas millones de veces habíamos comprado alcohol a altas horas de la madrugada.

A nuestra derecha, aquel portal con columnas de mármol blanco vetado y una puerta de cristal con una grieta que había hecho África con su propia cabeza hacía un par de meses.

—¿Me has traído a tu casa? ¿El mejor sitio de todo Madrid al que me ibas a llevar es tu casa?— Fingí decepción.

África se quitó el cinturón de seguridad y salió del coche.

—Calla y sígueme. Tengo algo que enseñarte.

Cruzó la calle y casi me atropellan al intentar alcanzarle. Metió su llave en el portal y abrió la puerta, esta vez esperándome para que yo pasara antes.

—Las zorras primero—. Dijo como siempre.

A continuación pasó ella y cerró la puerta. Saludó al conserje y comenzó a subir las escaleras.

—Afri, ascensor—. Supliqué desde abajo.

—Con esa actitud nunca tendrás un culo como el mío—. Y qué culo tenía la muy asquerosa. —¡Vamos, que son sólo cuatro pisos!

Llegué asfixiada a la puerta de su casa y me toqué un poco el culo a ver si aquel esfuerzo había dado algo de resultado, pero en realidad ya sabía la respuesta.

Dejamos nuestros bolsos en el perchero de la entrada y fuimos directas a la cocina donde África comenzó a sacar lechuga, arándanos, piña, nueces...

—Te voy a hacer la mejor ensalada que vas a probar de aquí a lo que te queda de vida ¿Por qué no vas a la habitación y traes algún vino? El que más te guste.

Salí de la cocina, atravesé el salón y me dirigí a la segunda habitación del pasillo, la que África usaba para almacenar trastos (y botellas de vino). La sorpresa llegó cuando abrí la puerta y ya no había nada de eso.

—¡Joder! ¡África, ven aquí enseguida!

Hugo dejó un beso húmedo en el cuello de Carlota.

—No es necesario que hagas eso.

Sin ni siquiera mirarle a la cara, Carlota se bajó de la encimera sobre la que acababa de ser sacudida por uno de esos orgasmos demoledores y comenzó a vestirse.

Hugo frunció el ceño

—¿Por qué eres así?

—¿Así cómo?

—He hecho que te corras hace tan sólo un momento y de repente te molesta que te dé un beso en el cuello—. Rió incrédulo —¿Te das cuenta de que no tiene sentido?

—Hugo, tengo trabajo que hacer—. Carlota terminó de abrocharse el botón del pantalón y se calzó las zapatillas Vans de imitación sin deshacer el nudo de los cordones. —Vístete y sal de aquí—. Cogió la camiseta de Hugo que había tirado al

suelo hacía un momento y se la devolvió presionándola con fuerza contra su abdomen. Hugo reaccionó al dolor encorvándose un poco. —Y hazme un favor. No vuelvas a buscarme.

Carlota salió del almacén y cerró la puerta tras ella. El bar seguía estando vacío. Minutos después, Hugo salió por la misma puerta y volvió a sentarse en el mismo taburete de antes.

—Te acabo de pedir expresamente que te marches ¿Por qué lo pones tan difícil?—. Mantuvo la mirada desafiante al otro lado de la barra.

—Cariño, relájate. Cualquiera diría que te acaban de echar un polvo ahí atrás—. Dijo inclinando la cabeza hacia la puerta del almacén.

Carlota le agarró el cuello de la camiseta y lo atrajo hacia ella por encima de la barra.

—Escúchame atentamente porque sólo te lo voy a decir una vez. Hemos echado un polvo.

—Dos—. Interrumpió Hugo.

—Dos polvos, está bien. Además de eso yo tengo una vida. Tengo un trabajo que atender. No te culpo a ti de mi falta de profesionalidad, pero no vuelvas a entrar aquí ¿Me oyes? Necesito este trabajo y no puedo permitirme abandonar mi puesto de trabajo para echar un triste polvo un almacén.

—No ha sido un triste polvo, pero si pierdes el trabajo será porque este local está muerto ¿Quién ha entrado en todo el día? Vamos, Carlota, aquí no consume nadie—. Dijo apoyando los codos y las manos sobre la barra.

—¿Crees que no lo sé? Mi jefe está pensando en despedir a un camarero ¿Qué crees que pasaría si viene y además de encontrarse el local vacío se da cuenta de que yo no estoy detrás de la barra atendiendo?

—¿Y en lugar de quejarte por qué no haces algo para vender más?

—¿Algo como qué?

—No sé... ponte escote. A mí me has enseñado las tetas y ya me tienes como cliente fijo—. Bromeó.

—No pienso ser el trozo de carne al que todos se quieran comer.

—Pero alguna solución habrá.

—Mira Hugo, te agradezco tu preocupación, pero no es asunto tuyo. Mis problemas me los como yo solita, gracias.

—¡Espera! -Hugo saltó del taburete al suelo. —Tengo un grupo. Podríamos tocar algún día para atraer a la gente—. Una sonrisa le iluminó la cara. Era la primera vez que Carlota veía a tan Hugo entusiasmado.

—¿Ahora resulta que eres cantante?— Empezaba a estar cansada de aquella conversación ¿Quién se creía que era para meterse en su vida? A penas le habían hecho falta un par de noches para saber cómo era. Con su pantalón pitillo vaquero, su camiseta gris y su camisa abierta de cuadros. Tatuajes por todas partes, pendientes en ambas orejas, séptum, y lengua. Barba de tres o cuatro días y el pelo castaño perfectamente recogido en un moño a la altura de la coronilla. Era el típico tío que conseguía a todas las chicas que quería y con ella no había sido diferente. Quizás por eso estaba tan molesta con él. Carlota siempre tuvo muy claro que su cuerpo era suyo y podía hacer

con él cuanto le apeteciera, pero le mataba de rabia ser tratada como una presa cuando en realidad ella ya se había fijado en él desde que lo vio entrar en el bar. Y ahora resultaba que también era cantante. Un motivo más para tener el ego subido.

—No, yo toco el bajo. El cantante es mi amigo Lucas, Pablo toca la batería y Jon un poco de todo.

—¿Y cómo os llamáis? ¿El increíble Hugo y su panda de tarados?

—Vaya, ahora que lo dices sería un buen nombre muy fiel a la realidad—. Sonrió. —Lástima que no te conociera el día que lo decidimos.

—Ya, seguro que me habrías hecho caso...— Y por alguna extraña razón, Carlota quería escuchar que sí, que le habría hecho caso sin pensárselo dos veces.

—A las locas como tú hay que tenerlas contentas. Te habría dicho que es un nombre estupendo y luego habríamos escogido el nombre que tenemos ahora—. Hugo dio un trago a su cerveza, que ya apenas tenía fuerza.

—¿Y cuál es ese nombre?

—¡*Acclaim!*

—¿*Acclaim?*

—Deberías escucharnos tocar algún día. Tenemos algunas versiones de canciones que pasaron a la historia pero ahora nos estamos centrando más en componer nuestros propios temas. Al público le está gustando.

A Carlota le pareció interesante el entusiasmo con el que Hugo hablaba de su grupo y sintió curiosidad por saber más de ellos.

—Ven a vernos tocar esta noche. Si te gusta puedes comentárselo a tu jefe y quizás le parezca buena idea. Ya lo hemos hecho otras veces y da buenos resultados.

—Está bien... iré a veros tocar, pero no iré sola.

—¿No te fías de mí?—. Contestó riendo.

—No

—De acuerdo. A las siete empezamos la prueba de sonido y...

—Iré a la hora a la que yo quiera ir—. Interrumpió Carlota. —Tú sólo mándame la ubicación.

África corrió hacia mí con una sonrisa que le iluminaba la cara.

—¿Me puedes explicar qué es esto?

—Tu nueva habitación—. Contestó orgullosa.

Y no se podía decir que no hubiese hecho un buen trabajo. Era la habitación blanca que yo siempre había soñado tener y de la que tantas veces habíamos hablado. Paredes blancas a excepción de una gris muy clara en la que se encontraba el cabecero de la cama justo en el centro. Una colcha blanca con muchos cojines de diferentes tamaños y tonos azules. Justo enfrente de la puerta, el gran ventanal que ocupaba casi toda la pared estaba cubierto por dos cortinas grises, una a cada lado, que llegaban hasta el suelo. En el techo, una lámpara esférica blanca hecha de papel y alambre; y en el suelo, una alfombra gris peludita en la que poder hacer la croqueta los días de invierno. Tenía una mesita de noche con forma de cubo, también blanco, a uno de los lados de la cama y; en la pared contraria, una cómoda de media altura con líneas sencillas y del mismo color.



En esa misma pared, justo delante de la cama, vi que había colocados diferentes marcos que combinaban muy bien unos con otros. Me acerqué a mirarlos todavía sin entender nada.

—No puede ser—. Me llevé las manos a la boca aún más sorprendida.

—¿Te gustan? No te imaginas lo que me ha costado encontrar todo esto.

África había conseguido reunir algunas de las sesiones de fotos que había hecho para publicidad cuando era pequeña y las había colocado en orden cronológico bajo el lema "*Step by step*" que colgaba de un lazo azul enganchado a la pared de lado a lado.

—África, no tengo palabras—. Me temblaba todo el cuerpo.

—Ya sé que es una habitación pequeña, pero creo que es suficiente para...

—No puedo aceptarlo—. Le interrumpí. —No tengo dinero para pagarte un alquiler, ni la luz, el agua, la comida... son muchos gastos.

—Por eso no te preocupes—. Contestó sonriente. —La casa es mía, así que no necesito pedirte ningún alquiler para poder pagarla. Y de los gastos mensuales ya se encarga mi padre. De alguna forma tiene que compensar el poco tiempo que pasa con mi hermano y conmigo ¿No?—. Y volvió a sonreír, pero esta vez de aquella forma que suele hacer cuando algo le da pena pero no quiere que los demás lo sepan.

—No me parece bien... Lo siento. No puedo vivir aquí gratis.

—Puedes encargarte de la limpieza—. Contestó entusiasmada.

—¿Ser tu asistenta?— Solté una carcajada —Ni la mayor de las mansiones me compensaría ir limpiando todas tus porquerías.

—Tienes razón—. Admitió riéndose también. —La limpieza y el orden no son lo mío.

—Además, la convivencia estropea muchas relaciones. Y te aseguro que tú y yo acabaríamos tirándonos de los pelos.

—Mira Berta, te voy a ser sincera—. Se sentó en la cama y yo hice lo mismo. Su tono me creó un nudo en el estómago. —Creo que te has estancado. Llevas años sin avanzar, sin crecer profesionalmente y necesitas un cambio de vida.

—Mi vida cambió cuando Jorge me dejó y aún así no me han salido trabajos.

—Que Jorge te dejara sólo te sirvió como excusa para abandonarte más a ti misma ¿No te das cuenta? Necesitas un cambio de actitud, ver que sigues adelante, que tu vida se modifica. Necesitas salir de tu zona de confort o no vas a encontrar lo que estás buscando.

—¿Y crees que por vivir aquí contigo me van a llover las ofertas?

—Creo que por vivir aquí conmigo vas a mejorar tu actitud frente a la vida.

Yo sabía que África tenía razón. Hacía años que me había acomodado al modelo de vida que llevaba aunque no fuera el que yo había soñado. Cuando mis padres se separaron, me sentí en la obligación de cuidar de mi madre para que no lo pasara mal. Poco antes, mi representante había decidido dejar de trabajar para mí y las ofertas de empleo fueron decayendo hasta no llegar ninguna. Gasté mis ahorros en el día a día, en viajes al extranjero, en regalos para Jorge... y cuando me dejó, me acomodé aún más en mi casa bajo la protección de mi madre. Había ido poniendo excusas para no tener que volar del nido y ahora delante de mis narices tenía una gran oportunidad para cambiar todo aquello.

—No lo sé... es todo muy de repente. Estas cosas no se deciden así a la ligera.

—Precisamente estas cosas se deciden así a la ligera, Berta—. Contestó. —Mis mejores decisiones en la vida las he tomado sin pensarlas dos veces.

—¿Como liarte con tu jefe?—. Me reí.

—Vale, está bien. Mis decisiones pueden ser cuestionables, pero yo soy feliz con ellas. La pregunta es: ¿Eres tú feliz con tus decisiones? Deja de esperar sentada a que llegue tu príncipe azul y sal a comerte el mundo. Sé tu propio príncipe azul ¿Qué más da? Habrá muchos hombres que te quieran y estén encantados de cuidarte, pero primero eres tú quien tiene que saber cuidarse sola. No te laments por cosas que pasaron hace seis meses y disfruta del día a día, que está lleno de oportunidades. Da igual si son buenas o malas, Berta. Se trata de avanzar.

—Sabes que odio a la África positiva ¿Verdad?

Acabamos de comer y yo todavía no le había dado una respuesta, pero África tampoco me había insistido más en el tema. Me conocía muy bien y sabía que yo necesitaba tiempo para afrontar los cambios y que el hecho de que no le hubiera dado un "No" tajante como respuesta era una buena señal.

Hablamos de todo un poco, de lo valiente que nos parecía Sandra al abrir un local sin ayuda de nadie, de lo poco que veíamos a Carlota por culpa de las horas que pasaba trabajando, de las fotos filtradas de Orlando Bloom en la playa como Dios lo trajo al mundo y hasta de una serie de televisión portuguesa a la que África se había enganchado; pero nada de trabajos, parejas, ni ningún tipo de problemas; porque así la comida sabía mejor.

Mientras ayudaba a África a recoger la mesa y fregar los platos, noté que algo le rondaba la cabeza. Ella me conocía muy bien, pero yo a ella también.

—Me voy a ir ya.

—¿Tan pronto?— Dijo sorprendida. —Pensé que iríamos juntas a la pastelería.

—Pero tú necesitas hablar con Miguel y mientras esté yo aquí no puedes hacerlo.

—¿En serio?— Rió incrédula —Ya hablaré con él mañana o incluso esta noche. Pero ambas sabíamos que se moría de ganas por hablar con él.

—Nos vemos a las cinco—. Le di un beso en la mejilla, cogí mi bolso y me marché.

De camino a casa no podía parar de pensar todo lo que había pasado una y otra vez. El encuentro con Jorge, el casting, la propuesta de África y la evidencia de que mi vida no estaba yendo como debería. Tenía que tomar una decisión ¿Pero cuál? Ojalá el universo estuviera hecho de señales, de esas que ocurren en las películas que hacen que la protagonista sepa escoger el camino correcto. Si me tocara un viaje a África con todos los gastos pagados sería una muy buena señal de indicarme que aquella pequeña habitación debía convertirse en MI habitación ¿Pero cómo se lo tomaría mi madre? Entró en depresión tras el divorcio y siempre me contaba que salió adelante gracias a mí porque no podía permitirse que yo la viera así. Cuidarme le dio fuerzas y ahora... ¿Qué sería de ella cuando yo no estuviera?

Ya no tenía amigas y aunque mantenía una relación cordial con mi padre, no es que fueran los más felices del mundo cada vez que se veían obligados a compartir el mismo espacio. Quizás ese era el motivo por el que mis relaciones siempre fracasaban, siempre con el miedo de que la magia se acabara de no ser tan buena como la otra persona, de estar haciendo algo mal sin ni siquiera darme cuenta. Y en el fondo África tenía razón. Ya era hora de pensar en mí misma, tomar las riendas de mi vida y escoger qué camino quería seguir para poder alcanzar mis metas.

—¿Berta? ¿Eres tú?

Yo iba caminando rápido, como hago siempre que voy sola y de repente me encuentro a un señor de unos 55 años, pelo canoso y con una camisa de lo más hortera. La expresión de mi cara al ver que ese desconocido sabía mi nombre debió ser un poema. El pobre no pudo evitar reírse avergonzado.

—¿No te acuerdas de mí? ¡Madre mía, cómo has crecido! ¿Qué tal están tus padres?

Pero por mucho que me esforzara, no tenía ni idea de quién podía ser.

—Perdona—. Sonrió frotándose la sien. —Qué despistado... Soy Martín ¿Te acuerdas?

Y entonces todo me empezó a cuadrar. Martín había sido mi representante durante mi época de mayor actividad laboral, y por muy raro que parezca, eso ocurrió desde los 3 a los 6 años. Luego dejamos de trabajar juntos, empezaron los problemas en casa, mis padres se separaron y nunca más volvimos a buscar un nuevo representante. Recuerdo lo bien que me trataba, lo serio que se ponía cuando tenía que negociar mis condiciones de trabajo y lo amable que era siempre que venía a casa. Martín conseguía que el trabajo para mí fuera un juego y quizás incluso fuera él quien consiguió que amara mi profesión.

Al reconocer al fin su rostro bastante más arrugado de como yo lo recordaba y su cuerpo enfundado en algunos michelines de más, un impulso me hizo lanzarme hacia él y colgarme de su cuello mientras le abrazaba.

—¡Martín! ¡Cuánto tiempo!

—Ya pensaba que no me reconocerías—. Rió. —Qué bien has crecido—. Dijo mirándome de arriba a abajo. —Aunque siempre fuiste preciosa.

—Gracias—. Contesté algo avergonzada. A mi mente vinieron de nuevo imágenes de cuando trabajábamos juntos en las que siempre alababa mis ojos grandes y verdes.

—Cuéntame ¿En qué proyecto estás ahora?

—¿La verdad? En ninguno. Esta mañana he ido a un casting pero dudo mucho que me den el papel. Ser actriz es más difícil de lo que parece...— Y recordarlo todo de nuevo me hizo sentirme un poco peor.

—Si quieres puedo darte el número de un amigo mío. No te prometo que te dé un papel, pero sé que está preparando un casting y puedo hablarle bien de ti. Arrugué la frente.

—No, Berta, no serías "la enchufada de turno", pero sabes que a veces los directores de castings ni siquiera prestan atención a alguien que no tiene quién le respalde. Podemos hacerlo por los viejos tiempos.



—Está bien, déjame que me lo piense ¿Vale? Hoy tengo demasiados quebraderos de cabeza.

—Siempre me sorprendió tu capacidad de analizar las cosas—.Hizo una breve pausa. —¿Qué tal si lo piensas esta noche y desayunamos juntos mañana? En el café Ocho y Medio, por los viejos tiempos—. Volvió a repetir. —Allí a las 10.

—De pequeña siempre conseguías convencerme—. Contesté nostálgica

—¿Y ahora?

—Ahora también.

#### 4. *Petits Pechés*

A esas horas, la cama de África daba miedo con sólo mirarla. Había tanta ropa encima que incluso cabía entero el País de las Maravillas en su interior, pero nada le parecía lo suficientemente bueno como para aquella ocasión. Quería ponerse guapa y elegante, como a Miguel le gustaba, pero también quería que su look hablase por ella y le dijera que esta vez no era él quien tenía razón.

Finalmente se decantó por un vestido con vuelo en la falda, de gasa beige estampado con pequeñas golondrinas negras, de cuello redondo y media manga, un cinturón fino también negro ajustado a su cintura y unas botas de cuero negro estilo cowboy, que conjuntó con un bolso también de cuero negro y flecos.

Le dio volumen a su pelo con un poco de espuma para dar un toque desenfadado y se pintó los labios con ese rosa pálido que tanto le gustaba.

Al terminar de arreglarse, se miró en el espejo y se dijo a sí misma que estaba buenísima. A África nunca le hizo falta que nadie le dijera cosas bonitas porque ya se las decía ella a diario; y con el último disco de Katy Perry en su iPod a modo de banda sonora, se subió al coche y volvió a conducir hasta el trabajo.

Óscar se sorprendió al verla subir de nuevo las escaleras, pero África ni siquiera le dejó tiempo para preguntar. Le dijo que necesitaba recoger unos papeles que había olvidado y entró corriendo en dirección al despacho de su jefe. Al llegar, llamó a la puerta por pura formalidad. A esa hora ya casi ninguno de sus compañeros debía estar en la oficina y no necesitaba tener tanto cuidado para esconder su relación, pero nadie contestó al otro lado. Volvió a insistir golpeando de nuevo con los nudillos, obteniendo la misma respuesta.

Abrió despacio y asomó un poco la cabeza.

—¿Miguel?

El despacho estaba totalmente vacío. Entró y cerró la puerta tras ella. Se acercó hacia el gran ventanal que hacía las veces de pared justo al fondo de la habitación y se sentó en la silla, mucho más cómoda que la de su pequeña mesa. Decidió esperar allí a que su novio volviera, pero cinco minutos después no pudo contenerse más y le llamó al móvil. Pasados los siete tonos, guardó el teléfono y salió de nuevo al pasillo en busca de la secretaria de aquella planta. Se llamaba Alicia y se encargaba de organizar todo el departamento de fotografía y maquetación de la revista, del cual África también formaba parte. Tenía apenas 23 años y siempre se mostraba muy simpática con todo el mundo, según África, debido a su naturaleza hippie que no le permitía estar de mal humor. Eso y que era guapa a rabiar, por lo cual debía estar agradecida de por vida al universo por haberle dado ese don y no tenía derecho a pasar ni un solo día de mal humor. O al menos esa era la teoría de África.

—Hola Ali ¿Qué tal?—Dijo sonriente tras acercarse al mostrador en el que Alicia trabajaba.

—¡Hola bonita! ¡Qué alegría verte! ¡Te ha tocado hacer horas extra?

—No, sólo vengo a por unos papeles que me dejé en el despacho del jefe ¿Sabes dónde está? He llamado a su puerta y no contesta nadie

—Espera.

Alicia sacó una agenda enorme de uno de los cajones que estaba a reventar de post-its y papeles colocados entre las páginas.

—A ver...— Pasaba las hojas con rapidez y todo parecía estar perfectamente organizado. Tarea imposible para África. —Creo que no tenía ninguna cita para esta hora, pero déjame que lo mire en su... ¡Mira! Aquí está—. Sacó uno de los papeles que había dentro de una carpeta integrada al final de la agenda. —El Señor Sauras está ahora mismo reunido con el otro Señor Sauras para...

—Su padre—. Interrumpió África algo tensa.

—Sí, con su padre. Van a tratar un cambio de personal en la sesión de fotos con Jon Kortajarena.

Al oír su nombre, el corazón de África se paró en uno de esos microinfartitos de los que ella suele hablar.

—¿Jon Kortajarena?! ¡Yo soy la ayudante de cámara en esa sesión! ¿Qué cambio van a hacer?— Después de lo que había pasado aquella misma mañana, su mente se llenó de ideas que no le gustaban y comenzó a sentirse mal.

—No sé si me está permitido contártelo, Afri—. Contestó Alicia algo incómoda.

—Por favor...— Suplicó África. —Es muy importante para mí. Quiero demostrar todo el potencial que tengo y necesito saber a qué atenerme.

—Entonces no tienes por qué preocuparte. Yo creo que el Señor Sauras confía en ti.

—¿Padre o hijo?

—Hijo.

—Dime por favor de qué están hablando—. Suplicó una vez más

—Pero no le digas a nadie que lo sabes.

—Prometido—. Contestó dando pequeños saltitos para celebrar su victoria.

—Miguel está intentando convencer a su padre para que seas tú quien dirija la sesión. Bajo su supervisión, claro.

—¿Que voy a dirigir la sesión de Jon Kortajarena?!— Todos a su alrededor se giraron para ver quién era aquella loca que estaba gritando.

—¡Shhhhhhhhhhh! ¡África!— Protestó Alicia en susurros. —Además, todavía no es seguro. Están tratando el tema en la reunión.

—¿Jon Kortajarena! ¿Sabes lo enamorada que estoy de él? ¡Dios mío! Le voy a preparar una sesión que no va a poder olvidar. Y luego le voy a pedir que se quite la camiseta para guardarme algunas fotos de recuerdo. Seguro que es muy simpático y amable ¿Crees que tendrá caprichos raros de famoso? A lo mejor no le gusta enseñar su pezón izquierdo, quién sabe.

—No tenía que haberte dicho nada...

—¡Vamos Ali! ¡Que es broma!— África abrazó a su compañera, le dio las gracias por la información y corrió de nuevo al despacho de su jefe con la intención de esperarle para una sesión de sexo morboso en el trabajo. Volvió a sentarse en la cómoda silla tras la mesa, pero una vez allí se le ocurrió que estaría más sexy tumbada sobre el sofá que su novio utilizaba para las reuniones más distendidas. Se sirvió una copa de vino cuando vio que los minutos pasaban pero la puerta seguía sin abrirse; y volvió a echarse otra cuando la primera se le acabó. Después de la tercera copa, sabía que debía

marcharse ya si quería llegar a tiempo para la inauguración de *Petits péchés*, de modo que le dejó una nota sobre su mesa.

"He estado a punto de quitarme las bragas y dejártelas en el cajón para que tuvieras más ganas de verme esta noche, pero luego he pensado que será más excitante si me las quitas tú mismo después de cenar en el *Shalakabula*. Me paso a recogerte cuando acabe lo de Sandra.

África"

Sandra llevaba más de un año preparándolo todo para este gran día. Había hecho estudios de mercado, había asistido a cursos de administración y dirección de empresas e incluso nos había hecho engordar a todas unos cuantos kilos para pedirnos opinión sobre sus recetas; pero después de tanto esfuerzo, estaba a punto de lograr su meta una vez más.

Era consciente de que abrir un negocio nunca es fácil; y si encima se trata de repostería innovadora, entonces mejor ni hablamos. Por eso hacía un par de meses que envió un mensaje a varios blogs de distintos temas a los que podrían interesarle su inauguración para publicar un post a cambio de asistir al evento. Así las dos partes saldrían beneficiadas y Sandra conseguiría un poco de publicidad, que nunca está de más.

La idea era ser noticia en al menos cinco blogs de renombre, pero sólo respondió a su mensaje una chica que tenía un blog de literatura y quería escribir sobre las estanterías de libros prestados que adornaban el local para que los clientes pudieran leer mientras disfrutaban del sabor más rompedor en el mundo de la repostería. Dio un par de golpecitos con los nudillos en el cristal anunciando así su llegada y Sandra se acercó para abrirle la puerta e invitarla a pasar.

—Hola, soy Elena. La chica del blog—. Dijo un poco tímida mientras mostraba la libreta y el bolígrafo que sostenía en su mano.

Elena era una chica alta, al igual que Sandra. Tenía el pelo castaño y largo hasta la cintura con un flequillo recto que le daba aspecto de niña. Era delgada pero con caderas anchas y lucía un top de croché blanco atado al cuello y una falda larga hasta el suelo de color calabaza que se abría en una raja sobre una de las piernas hasta el muslo. A Sandra le llamó la atención la cantidad de pulseras y colgantes que llevaba tan elegantemente sin recargar el look.

—Hola, yo soy Sandra—. Contestó sonriente mientras le estrechaba la mano para darle un apretón. —Gracias por venir.

—¿He llegado demasiado pronto?— Preguntó al ver que el local estaba aún vacío.

—No, no te preocupes. Pensé que sería mejor hacer esto antes para que luego pudieras disfrutar de la inauguración.

—Genial—. Contestó con una de las sonrisas más bonitas que Sandra había visto jamás en una mujer. Pensó en que podrían ser buenas amigas.

Le pidió a Elena que se sentara en la mesa que quisiera mientras ella servía un par de limonadas y comenzaron a hablar. Primero sobre la idea de montar un negocio de



comida e incluir la lectura en él, luego en el tipo de libros que más le solían gustar y finalmente sobre la importancia del tipo de literatura que a lo largo de la historia había logrado empoderar a las mujeres. Se les pasó el tiempo volando y cuando se dieron cuenta, tan sólo faltaban veinte minutos para la inauguración. Sandra estaba de los nervios y hasta una desconocida como Elena era capaz de verlo en sus ojos.

—Si quieres te puedo ayudar. No sé mucho sobre repostería, pero aprendo rápido.

—¿De verdad?— Preguntó Sandra con alivio.

—Claro—. Y de nuevo esa sonrisa que hipnotizaba.

—Muchísimas gracias... no sé cómo te lo voy a compensar pero te prometo que lo haré.

—Me basta con que me prepares una de estas—. Dijo acercándose a las mesas repletas de tartas. —Tienen una pinta increíble.

—Espero que los clientes piensen igual ¿Puedes ir sacando las bases de aquella nevera y llevármelas a la cocina de ahí atrás? Necesito que las desenvuelvas con cuidado y las trates con mucho mimo.

—¡Oído cocina!— Elena imitó un saludo militar llevándose la mano a la sien y se dirigió corriendo a la nevera. Mientras, Sandra fue a la cocina a terminar de decorar todo lo que Elena le iba llevando. —Parece que hacemos buen equipo.

—¿Nunca has pensado en dedicarte a la repostería? Me vendría muy bien tenerte por aquí.

—Me tendrás por aquí muy a menudo, pero no ayudándote— Rió. —Vendré algunas tardes con el portátil para escribir. Este sitio tiene algo que me inspira.

—Me alegra que te guste. No te imaginas la de vueltas que le di al tema de la decoración ¿Me puedes pasar la lira?— Preguntó estirando el brazo.

—¿El qué?

—Aquello pequeño de allí—. Sandra señaló el objeto sobre una de las encimeras. —Sirve para cortar el fondant, entre otras cosas.

—Ah, claro. Toma—. Elena lo cogió y lo colocó sobre su mano.

—¿Quieres intentarlo tú?

—¿Decorar los pasteles? No, no—. Dijo nerviosa. —Eso se lo dejo a la profesional.

—Vamos, que el bizcocho no muerde y ya está todo cocinado. Sólo tienes que colocarlo en su sitio—. El rostro de Elena desprendía inseguridad. —Es como montar un mueble de Ikea. Mira, ven.

Sandra cogió a Elena de la mano y la atrajo hacia ella colocándola frente al pastel. Le indicó que cogiera una plancha de fondant ya estirada y entre las dos la colocaron sobre el bizcocho. Le dieron forma y eliminaron arrugas y sobrantes hasta dejar la superficie completamente lisa.

—¿Hola? ¿Hay alguien?— África entró en el local y dejó su bolso colgado en uno de los percheros. —¿Sandri?

Sandra salió de la cocina y, tras ella, Elena.

—¡África!— Las dos se abrazaron fuertemente.

—¡Llegó el gran día!

—¡Sí!

—Y para colmo he llegado antes que Berta. Espero que lo recuerdes siempre—. Dijo riendo.

—Ella es Elena. Va a publicar un post sobre *Petits Pechés* en su blog y me ha estado ayudando un poco a preparar los últimos detalles.

—¡Hola! ¡Eres súper morena! Me encanta tu tono de piel.

—Gracias—. Fue lo único que supo contestar.

—Piel morena. El talón de Aquiles de África—. Explicó Sandra.

—No, lo digo en serio. Tienes un tono de piel precioso. Yo intento ponerme así de morena todos los veranos subiéndome a la azotea de casa, pero algunas nacemos blancas y blancas nos morimos.

—Yo no voy mucho a tomar el sol, pero suelo tener este color durante todo el año.

—No digas eso si no quieres entrar en su lista de las más odiadas.

—¡Qué exagerada! Hacen falta más cosas para formar parte de esa lista.

—¿Y qué me dices de la chica que trajo Carlota aquel día?

—Preferiría no volver a hablar de ello—. Contestó girando la cara hacia otro lado.

La siguiente en llegar fue Carlota, vestida con un peto vaquero negro sobre una camiseta verde botella de tirantes. Se había recogido el pelo en una trenza que descansaba sobre su hombro izquierdo y la había adornado con algunas flores pequeñas que se había encontrado de camino a la pastelería. Carlota, como siempre, tan ella.

Y por último llegué yo, un poco más tarde de lo normal, no voy a mentir. Aquel día estaba resultando demasiado. Demasiadas decisiones. Demasiadas emociones.

Lo cierto es que había salido de casa hacía ya bastante rato, pero sentí la necesidad de respirar aire de verdad y en un impulso me fui en bici hasta la azotea del edificio Metrópolis, donde me tumbé en el suelo bocarriba dejando que el cielo me engullera. Sin duda aquel era mi sitio favorito de Madrid. Era mi vía de escape, mi lugar para pensar y, por supuesto, mi secreto mejor guardado. Ni siquiera África sabía de su existencia. Tan sólo la azotea y yo.

Al llegar a la inauguración, mi cabeza estaba ya algo más ordenada y mi actitud mucho más positiva para que Sandra se sintiera lo más arropada posible. La vi ocupada preparando todo tipo de bebidas al mismo tiempo que servía porciones de tartas, todas ellas con muy buena pinta; de modo que preferí no ir a saludarle de momento para no hacerle perder un tiempo que no tenía.

—Te has lucido, chata—. África se había acercado a mí con un Martini de fresa en la mano.

—Lo siento—. Dije con cara de súplica. —¿Está muy enfadada?

—Creo que no tiene tiempo ni para eso.

—¿Y Carlota? ¿Ha llegado ya?

—Hoy no te salva ni Carlota. Lamento comunicarte que eres la última. Está ayudando a servir las mesas.

Me asomé entre toda la gente que había asistido a la inauguración y la vi con una bandeja en una mano mientras limpiaba una de las mesas con la otra que le quedaba libre. A su lado, otra chica aguardaba para colocar dos porciones de tarta sobre aquella misma mesa.

—¿Y esa quién es?

—Tu nueva sustituta—. A África le gustaba hacer sangre y ya nos habíamos acostumbrado a ello.

—¿Es amiga de Sandra?

—Ha venido a entrevistarla para su blog y parece ser que han hecho buenas migas.

—¿Y tú no ayudas?— Dije señalando su Martini.

—Yo soy la que da buena imagen al local. Si la gente me ve consumiendo, ellos también se verán tentados a consumir. Es la parte más importante del negocio.

Transcurrió algo más de media hora hasta que vi a Sandra menos atareada y fui a saludarle. Por suerte, como dijo África, no había tenido tiempo para enfadarse. Serví algunas mesas junto a Carlota mientras Afri se paseaba luciéndose entre los clientes con una copa en la mano, hasta que poco a poco el local se fue quedando vacío.

Elena, la otra chica, se fue sobre las ocho de la tarde, cuando ya sólo quedaban tres mesas ocupadas y Sandra, Carlota, África y yo nos sentamos en la barra para celebrar nuestra propia inauguración.

—Parece que todo ha salido muy bien ¿Verdad?— Dije ilusionada mientras abrazaba a Sandra.

—Los pasteles han gustado muchísimo.

—Pero voy a necesitar un camarero. No puedo estar pendiente de la cocina y las mesas a la vez ¿Te interesa?— Sandra miró a Carlota esperanzada.

—Lo mío es la noche. No me veo sirviendo en un sitio tan cursi, con perdón.

—No te preocupes—. Dijo Sandra sonriendo.

—Y hablando de noche—. Interrumpió África. —Me tengo que ir a casa para acicalarme, que he quedado con Miguel para cenar. Ha estado todo genial, Sandri. —Se acercó y le abrazó. Luego me dio dos besos a mí y otros dos a Carlota.

—¿Miguel? ¡Al menos ya sabemos su nombre!

—Ya os contaré. A lo mejor encargo aquí el pastel para la boda—. Dijo riendo. Luego se dirigió a mí y me señaló.

—Y tú, no digas ni una sola palabra. Todo a su debido tiempo.

África se fue y las tres seguimos brindando. Por los éxitos, por la soltería, por la amistad e incluso por la madre de Sandra, que la parió con esa habilidad para la repostería.

Mentiría si dijera que al cerrar la pastelería no estábamos ya todas algo contentas, embriagadas por el éxito de la inauguración y quizás por alguna copilla de más.

—¿Y ahora qué?

—Un amigo me ha invitado a ver tocar a su grupo esta noche ¿Os apuntáis?

—Suenan bien, pero mañana voy a desayunar con mi antiguo representante y no quiero aparecer por allí con ojeras de mapache.

—¡Yo me apunto!

Nos despedimos con un abrazo y yo cogí un taxi hasta mi casa. Sandra y Carlota decidieron caminar para que les diera un poco el aire. El local donde tocaba el amigo de Carlota no estaba especialmente lejos, pero no era el típico pub en el que nosotras habríamos entrado. Una barra enorme formando una isleta en el centro de la habitación, barriles de cerveza por todas partes, poca luz y gente que parecía estar poco aseada. A decir verdad, puede que Carlota sí que hubiera estado allí más de una vez.

En el pequeño escenario, un grupo formado por cuatro chicos tocaban un tema que no sonaba nada mal.

*Eres veneno, eres mi vicio.  
Te subes, te bajas, controlas mi control.  
Y dices que no, que no soy nada tuyo,  
pero a mí eso no me importa porque esta es mi canción.  
Tú eres mi canción.*

Las últimas notas sonaron en el bajo de uno de ellos y el público comenzó a aplaudir y a silbar como loco.

—Muchas gracias, camaradas—. Dijo el cantante acercándose al pie de micro. Se secó el sudor de la frente con el brazo sin soltar aún la púa de su guitarra y el sector femenino suspiró. Llevaba una camisa vaquera completamente abierta dejando entrever algunos de sus tatuajes, unos pantalones negros tan apretados que podían pertenecer perfectamente a su novia en el caso de que la tuviera y unas zapatillas granate a juego con su guitarra eléctrica. —Siempre he pensado que lo importante en la vida no es vivir, sino saber que estás vivo. Que no importa cantar delante de cincuenta personas si no sé darme cuenta de la energía que me estáis dando. Me gusta saber que estoy vivo, que disfruto con vosotros y vosotros conmigo porque de eso va la vida ¿No? De crear un círculo de satisfacción múltiple. Así que venga, todo el mundo a desnudarse y a follar—. El público soltó una carcajada común. —No, hablando en serio. Follar es lo puto más.

—¡Folla conmigo!— Se escuchó decir a una chica desde la barra.

—Luego lo hablamos—. Contestó el cantante guiñándole un ojo entre risas. —El caso es que las películas nos han pintado el sexo como algo súper bonito, lleno de corazones, de bandas sonoras románticas... Pero yo creo que no. Yo creo que el sexo es sucio porque así es como debe ser. Porque, joder, el amor es sucio. El amor es llenarte de mierda hasta el cuello por la otra persona. Yo no me considero un tío romántico pero sé que para vivir hay que amar; y hay que amar pero bien, no de cualquier manera. La canción que viene ahora se titula "Hasta el cuello". Espero que os guste.

Todos comenzaron a aplaudir y, de repente, el silencio dejando oír la melodía que desprendía aquella guitarra acompañada de una voz rasgada.

—Vaya *fucker*. -Dijo Carlota.



—¿Es ese tu amigo?— Preguntó Sandra.

—No, yo conozco a Hugo. Aquel que toca el bajo—. Y lo señaló para que su amiga supiera de quién hablaba.

—Es muy de tu tipo—. Entonces abrió la boca sorprendida. —¡Te lo has tirado!

—Sí, pero no es mi tipo. —Contestó Carlota fingiendo indiferencia.

—¿Entonces por qué hemos venido?

—Copas gratis, supongo.

Cuatro canciones más tarde, el grupo se despidió de su público y se acercó a la barra a por unas cervezas, donde casualmente se encontraban Carlota y Sandra, o no tan casualmente como Sandra empezó a sospechar.

—Qué sorpresa verte por aquí—. Hugo se acercó a Carlota y le dio dos besos que duraron unos segundos más de lo normal. —Pensé que no vendrías.

—No tenía nada mejor que hacer—. Contestó Carlota.

—Nada mejor que verme tocar.

—Confiaba en que me invitaras a una copa.

—Eso está hecho ¿No nos presentas?

—Sí, claro. Ella es Sandra, una amiga.

—Mucho gusto—. Ambos se saludaron con un formal apretón de manos. Sandra podía llegar a ser muy fría cuando quería.

—También quiere una copa gratis.

Hugo se rió y Sandra se tapó la cara avergonzada para dedicarle a continuación una mirada de reproche a su amiga.

—Mira, te voy a presentar al grupo—. Hugo hizo un gesto con la mano a sus amigos para que se acercaran. —Ellos son Lucas, Jon y el pequeñajo de aquí es Pablo.

—Gilipollas—. Le dijo este último.

—Habéis estado muy bien—. Dijo Sandra.

—Gracias, cariño. Nos debemos a nuestro público—. A Jon le gustaba fingir un poco de prepotencia cuando conocía a alguien para ocultar que en el fondo era un pedacito de pan muy fácil de lastimar.

—¿Os apetece tomar algo?— Preguntó Pablo a las chicas.

—Yo una cerveza.

—Yo otra.

—Que sean tres— Dijo Hugo con voz más aguda de lo habitual.

—Hoy te toca pagar a ti, Hugo—. Dijo Lucas, el cantante, mientras se reía.

—Parecéis sacados de una *boyband*. —A Carlota le encantaba descubrir los puntos débiles de los hombres y no se le daba nada mal hacerlo. Por eso, al oír el comentario, los chicos sintieron la necesidad de defenderse. El resto de la noche transcurrió entre piques y bromas para demostrar cuál de todos era el más ingenioso.

Mientras tanto, yo volvía a mi casa con la intención de haber llegado a alguna conclusión antes de acostarme. Había quedado para desayunar al día siguiente con Martín, mi antiguo representante, y aquello me hizo recordar asuntos pendientes del pasado que había decidido guardar en un cajón cerrado bajo llave. Recordé aquellos

años en los que no paraba de hacer sesiones para catálogos de ropa infantil, anuncios de juguetes e incluso llegué a pisar alguna que otra pasarela. A mí me encantaba mi trabajo a pesar de ser una niña y, gracias él, mis padres podían pagar algunas deudas y guardar el dinero que sobraba en una cuenta para mi futuro. Pero entonces todo se truncó. De la noche a la mañana, Martín dejó de trabajar conmigo sin darme explicaciones. Yo era todavía una niña y no entendía nada de aquel mundillo, pero él se había convertido en un segundo padre para mí. Recuerdo perfectamente aquel día en el que llegué del colegio con mi madre y me pidió que me sentara en el sofá con ella. Entonces me contó que ya no íbamos a ver a más Martín porque tenía otros trabajos que atender, pero que buscaríamos un nuevo representante que me tratara tan bien como él lo hacía. Yo comencé a llorar y patallar gritando tan fuerte como podía hasta que, una hora más tarde, mi padre llegó del trabajo y decidió que nunca más me llevarían a una sesión.

Así, mis padres comenzaron una guerra entre ellos en la que mi futuro y mi niñez eran siempre los protagonistas, hasta que tres años después se separaron.

Mi padre se fue de casa un par de semanas después de mi noveno cumpleaños y desde ese momento fueron muy pocas las veces que en casa se volvió a hablar de él. Se mudó a Toledo, donde le ofrecieron un trabajo mejor pagado y mi relación con él se redujo a ocasiones importantes como las navidades o su boda con una mujer a la que yo apenas conocía. Solía llamarme por teléfono todas las semanas y me decía lo mucho que me echaba de menos. Luego me pedía perdón por no estar conmigo y me recordaba que podía ir a visitarle siempre que quisiera. Con el paso de los años me acabé dando cuenta de que aquello eran puros formalismos, pero no me dolió porque ya me había acostumbrado a vivir sin él.

Y así, sin darme cuenta, el taxi ya había parado en la puerta de mi casa. Pagué al taxista, salí del coche y subí las escaleras hasta llegar a mi piso. Cuando abrí la puerta, vi a mi madre en la cocina fregando la vajilla que había utilizado para cenar y sin ni siquiera saludar, le pregunté.

—Mamá... ¿Por qué se fue Martín?

## 5. Las sorpresas no siempre son buenas

África pasó por su casa para cambiarse de ropa antes de ir a recoger a Miguel. Aparcó su Mini rojo no demasiado lejos del portal, agradeciéndole al cosmos haber encontrado un hueco tan pronto sin haber tenido que llevarse 20 minutos dando vueltas y subió en el ascensor escribiéndole un mensaje a su novio para avisarle de que en una hora iría a buscarle.

Metió la llave en la cerradura y le sorprendió que el cerrojo no estuviera bien cerrado, pero cuando abrió por fin la puerta y vio luz en la cocina, se asustó como nunca antes lo había hecho.

—¿Quién hay ahí? ¡Tengo una navaja!— Gritó desesperada buscando algo a su alrededor con lo que poder defenderse.

—¿Qué haces aquí tan pronto?— Miguel se asomó al marco de la puerta con un trapo de cocina en la mano.

—¡Joder, Miki! ¡Qué susto!—África se llevó la mano al pecho y respiró profundamente intentando calmarse. —¿Estás cocinando?

—Sí... bueno. Intentándolo—. Contestó tímido mientras se quitaba el delantal negro que llevaba puesto y dejando al descubierto un pantalón vaquero oscuro y una camisa blanca remangada hasta la altura de los codos. El jodido Hércules descendido al mundo terrenal, pensó África al verlo. Se acercó a él y le besó dejando que la humedad de sus labios se mezclara.

—Había reservado mesa en el *Shalakabula* ¿No te apetecía?

—Sí—. Le volvió a besar, pero esta vez agarrando fuerte su cintura para acercarla más a él. —Pero hay cosas que me apetecen más y que no se pueden hacer en público.

África sonrió coqueta y se separó de él entrando en la cocina para asomarse a los platos que su novio estaba cocinando.

—¿Y bien, cuál es el menú?

Miguel colocó una servilleta de tela en su antebrazo como si de un camarero se tratase y comenzó a hablar.

—De entrante tenemos huevos negros rellenos de atún, surimi y gambas. El primer plato es una crema fría de manzana verde, aguacate y lima de menta; y de segundo, he hecho un salmón al horno con costra de mostaza y perejil. Todo ello acompañado de un Valley Pinot.

—Buen vino.

—El mejor—. Sonrió satisfecho.

—¿Y de postre?

—Espero que no lleguemos a los postres.

—Mejor incluso que el vino.

A África no le sorprendía aquel menú tan extravagante. Sabía que su novio era muy bueno en la cocina y al provenir de una familia adinerada, había desarrollado un paladar que no se conformaba con cualquier cosa. Lo que sí le sorprendió fue el hecho de que se hubiera puesto a cocinar, ya que, a pesar de que se le daba muy bien, no era algo que le gustara hacer.

—¿Y a qué se debe esta sorpresa? — Preguntó mientras le rodeaba el cuello con sus brazos para dejarle un leve beso en la barbilla.

—Tengo una noticia que darte—. Contestó satisfecho.

—¿HAS CONSEGUIDO LO DE JON KORTAJARENA?!— África sonrió ilusionada esperando oír un "sí" de aquellos labios que tanto le gustaban.

—¿Pero cómo te has enterado?— Protestó él.

—¿Eso es un sí?— Volvió a insistir África cada vez más impaciente.

—Sí—. Respondió Miguel con la boca pequeña.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Ha dicho sí!— África no podía parar de saltar por toda la cocina a pesar de lo pequeña que era. Miguel se sentó en uno de los taburetes esperando que se calmara.

—No debí habértelo dicho—. Bromeó.

—Cariño—. África se sentó en el taburete de enfrente y cogió la mano de su novio por encima de la mesa. —Es hora de que hablemos sobre con qué otras personas podemos acostarnos sin que se considere infidelidad. Yo me pido a Jon Kortajarena ¿Y tú?

—Estás de broma ¿No?

—Es un tema que hay que tratar. Tengo que saber a qué atenerme si mañana me surge la ocasión.

—África, esto no me está haciendo gracia—. El rostro de Miguel cambió de inmediato. África se levantó y rodeó la mesa hasta sentarse sobre una de las piernas de su novio. —Y no pienso separarme de ti en toda la sesión de fotos, así que no sé cómo piensas hacerlo.

—¿Pero mira que te pones guapo cuando te enfadas!

Sandra no estaba enfadada con Carlota, pero sí algo molesta. Se suponía que habían ido a aquel pub a seguir celebrando la inauguración de su nueva pastelería y más bien parecía que hubieran ido a ligar con los de la banda, lo cual a ella no le apetecía nada.

—¿Carlota, nos podemos ir ya? Me duelen los pies.

—Ay cariño, aguanta un poco ¡La noche no ha hecho más que empezar!

Carlota estaba sentada entre Hugo y Pablo en el sillón del reservado. Ya se habían bebido más de cinco litros de cerveza entre los tres y ahora se habían pasado al Tequila, con el que parecía que se lo estaban pasando bastante bien. Hugo y Pablo lamían el cuello de Carlota, ella se lo llenaba de sal y luego lo volvían a lamer para beber después un trago y comerse una rodaja de limón.

—Lo siento pero yo me voy ya a casa—. Sandra cogió su chaqueta vaquera y su bolso. —Nos vemos mañana.

Carlota dijo adiós con la mano sin ni siquiera mirar a su amiga y Sandra salió a la puerta donde agradeció el poder respirar aire limpio.

—¿Te vas ya?

A su lado estaba Lucas, el cantante, que había salido a fumar un cigarro.

—Sí, estoy cansada y mañana tengo que trabajar.

—¿Quieres que te acerque? Tengo el coche aquí cerca.



—No te preocupes, pensaba coger un taxi—. Sandra sonrió educada.—Gracias.

—No, en serio, no me importa. Estoy harto de este sitio.

—Está bien. No me viene mal ahorrar un poco—. Bromeó

Sandra miró una vez más a Lucas. Era un chico alto y delgado, aunque durante la actuación había visto unos abdominales bien definidos bajo su camisa abierta. Tenía la piel morena y el pelo castaño oscuro compuesto por mechones largos y desordenados. Sus ojos color miel destacaban claros en su rostro, al igual que sus labios gruesos y rosados rodeados por una barba incipiente de varios días.

Quizás su intención era acompañarla a casa, subir a tomarse con ella la última copa y echar un polvo si se dejaba, pero hacía tiempo que a Sandra ya no le apetecían esas cosas y al pensarlo se prometió a sí misma que aquello no pasaría.

Fueron caminando hasta el coche de Lucas, que estaba aparcado un par de calles más abajo y por el camino se fueron conociendo un poco más. Descubrieron que los dos habían tenido una única relación larga en su vida, que los dos vivían muy cerca y que a los dos les encantaba escuchar vinilos de Tracy Chapman con una copa de vino en la mano; así que cuando Sandra se quiso dar cuenta, ya estaba en casa de Lucas con la chaqueta colgada en el perchero, a punto de sentarse en el sofá y con los primeros acordes de *Fast car* inundando sus oídos.

—Ponte cómoda. Ahora traigo el vino.

Sandra se sentó y cruzó las piernas. Aquella casa parecía un museo de la música bastante descuidado. El salón era pequeño con decoración principalmente industrial.

Paredes gris oscuro llenas de ilustraciones y representaciones de los grandes grupos de la historia de la música, lámparas de metal, algunos muebles negros y otros de madera de ébano, casi negros también. El sofá en el que ella se había sentado era de piel marrón, pero estaba tan gastado que debía tener ya muchos años. Frente a ella, una mesita baja redonda de metal con algunos folios escritos a mano y llenos de garabatos, un par de pufs a su derecha, y en la pared en la que suele haber una televisión, Lucas tenía una pizarra blanca con algunos versos y anotaciones de lo que Sandra dedujo que serían sus próximas canciones.

Tras el sofá había otro pequeño espacio con el techo inclinado. Esa zona estaba acomodada con dos sillones y algunos pufs más, a cada cual más desgastado que el anterior. En la esquina se encontraba una estructura hecha con palés de madera en la que reposaba el tocadiscos que estaba sonando y varias guitarras colocadas debajo. Al fondo, una estantería llena de vinilos y algún que otro libro.

—Puedes levantarte a mirar si quieres.

—Perdona—. Contestó Sandra avergonzada al ver que había sido cazada cotilleando la habitación desde el sofá. —No quería...

—No te preocupes, en serio—. Lucas le tendió una copa de vino y se quedó con otra para él. —Mira, ven—. Caminó hacia la estantería y sacó una revista antigua. Sandra le siguió.

—¡Madre mía! ¿Pero esto cuántos años tiene?

Era una revista en cuya portada aparecía Tracy Chapan que además incluía un reportaje sobre su música en el interior.

—Es de 1968. Mi padre la trajo de Nueva York. Él fue quien me enseñó a amar la música—. Contestó con un poco de melancolía.

—Entonces debe ser tu fan número uno ¿No?— Dijo Sandra con un tono más animado.

—Murió hace ya seis años. No llegó a verme subido a un escenario de forma profesional.

—Vaya... lo siento. Soy una metepatas—. Sandra agarró su copa con las dos manos. Aquella situación le incomodaba demasiado.

—No pasa nada—. Respondió Lucas con una sonrisa triste. —Sé que estaría orgulloso de mí.

—Entonces brindemos por él—. Sandra alzó la copa esperando una buena reacción por parte de aquel chico al que acababa de conocer.

—Brindemos.

Las dos copas chocaron y un silencio de varios segundos inundó la habitación.

—Oye, no soy como piensas ¿Vale?— Lucas caminó hacia el sofá, se sentó y dejó su copa en la mesita que tenía delante.

—Yo no...— Sandra le siguió y se sentó a su lado.

—No te he traído aquí para que veas mis guitarras, contarte mis penas y acabar echándote un polvo. Simplemente me apetecía seguir charlando contigo un poco más, pero puedes irte cuando quieras.

—¿A qué viene esto?

—Estás incómoda aquí, te lo noto. Sé que es porque piensas que espero una recompensa a cambio del vino, pero no es así.

—Vale, está bien—. Sandra apoyó su mano sobre el hombro de Lucas. —Empecemos de cero ¿Vale? Como si acabáramos de llegar—. Bebió un trago de su copa y sonrió.

Lucas volvió a coger su copa, se acomodó en el sofá y puso los pies sobre la mesa. Por la sonrisa de medio lado que esbozó, pareció que le había gustado la idea y que estaba dispuesto a seguir hablando toda la noche.

—Así que hoy has abierto una panadería ¿No?

—Una pastelería—. Corrigió Sandra.

—¿Te gusta cocinar desde hace mucho?

—Casi desde pequeña. Mis padres tienen un restaurante muy pequeñito en el pueblo y mi abuela se encargaba de hacer los postres. Yo siempre andaba por ahí en medio probándolo todo e intentando ayudar para no aburrirme, pero era mi abuela la que me ofrecía ser su pinche; así que al final me aficioné a la pastelería.

—¿Y qué tal ha ido esa inauguración? ¿Mucha gente?

—Hoy casi todo eran amigos. Prefería tener un primer contacto con gente que fuera de confianza. Ya sabes, para pulir los fallos sin perder posible clientela.

—Es una buena estrategia.

—¿Y tú? ¿Eres el cantante de un grupo! Algo tendrás que contar—. Sandra se giró hacia él en el sofá.

—No te creas... soy un tío muy normal—. Y siempre había algo de melancolía en sus palabras.

—Pero seguro que tienes millones de historias divertidas de tus conciertos. No sé... algún sujetador que te hayan tirado al escenario, por ejemplo.

Lucas se rió.

—Vaya tópico—. Tomó un sorbo de su copa. —Pero sí, algún que otro sujetador me ha caído.

—¡Lo sabía!— Contestó Sandra satisfecha. —¿Y te has tirado a alguna fan después del concierto?

Al oírlo, Lucas se atragantó con el vino que estaba tomando y comenzó a toser. Sandra soltó una carcajada al ver todo el líquido derramado por el sofá.

Así siguieron hablando durante horas sobre los lugares del mundo que Lucas había visitado, la infancia de Sandra en su pueblo, su matrimonio fallido, el comienzo de sus carreras profesionales y, por último, un secreto que Sandra prometió no contar jamás a nadie.

—¿Sabes? Cuando te vi por primera vez en el despacho jamás me imaginé que acabaríamos los dos aquí, cenando en mi piso como una pareja normal—. Dijo África un poco tímida.

—Cuando yo te vi por primera vez en mi despacho sí que te imaginé comiendo. —Contestó Miguel intentando esconder una sonrisa.

—Idiota!— África cogió la servilleta de tela que había colocado sobre su regazo y se la tiró a su novio a la cara.

—¿Quieres saber lo que pensé la primera vez que te vi en mi despacho?

África se encogió de hombros fingiendo que ya no le interesaba.

—Primero me quedé embobado viéndote caminar hasta mi mesa y cuando te acercaste a mí sentí la necesidad de tenerte más cerca. Por eso te di dos besos y no la mano como al resto de aspirantes al puesto—. A África le gustó oírlo, pero hizo un esfuerzo para que no se le notara. —Al acerarme pensé que olías muy bien. Entonces nos sentamos y comencé a entrevistarte, pero yo ya sabía que el puesto era tuyo.

—¿Así que me escogiste a mí porque estoy buena?— Protestó África.

—Aún no he terminado—. Miguel cogió un poco de crema con la cuchara, se la metió en la boca y tragó lentamente. —Cuando te fuiste y por fin pude concentrarme, decidí que no podía tenerte allí porque me acabaría volviendo loco.

África arqueó las cejas incrédula.

—Pero luego te diste cuenta de que me echabas de menos y me contrataste. Y como soy tonta me lo creo.

Miguel continuó hablando como si no hubiera oído nada.

—Pasé el resto del día pensando en ti. No iba a contratarte pero tenía tu teléfono en tu currículum.

—¡No serías capaz!— África echó la espalda hacia atrás apoyándola en su silla mientras abría la boca de forma exagerada—. ¿Ibas a intentar ligar conmigo a pesar de no querer contratarme?

—Estuve a punto de hacerlo, pero al llegar por la noche a casa pensé que no te gustaría saber nada de mí porque antes tendría que decirte que el puesto no era tuyo.

—Obvio.

—Así que a modo de autocastigo, te busqué en Facebook, en Instagram y en todas las páginas de internet en las que aparecía tu nombre.

—Eso es un poco acosador.

—Era la única forma que se me ocurrió de enfrentarme a ti, de tenerte delante y saber que no te iba a contratar por motivos que eran completamente ajenos a ti.

—Vaya mierda de jefe. Se nota que eres el enchufado de turno.

Miguel cogió a África del brazo y la atrajo hacia él de un tirón hasta sentarla en su regazo.

—¿Te quieres callar y escucharme?— Dijo riendo.

África se acomodó sobre una de las piernas de su novio y le rodeó el cuello con su brazo pasándolo por encima de la espalda. Luego le dio un beso y sonrió.

—Sigue mi amor.

—Tus fotos de Instagram me gustaron, pero hubo una en la que no aparecías tú que me llamó especialmente la atención. Era una imagen en blanco y negro, con el fondo oscuro y un único foco de luz. En el centro había una nube de humo y de ella salía una mano abierta como si quisiera escapar. Vi que en el título habías puesto un enlace y cliqué en él. Cuando me di cuenta estaba viendo un blog con todas tus fotografías como profesional.

—Pensé que ese blog ya había desaparecido—. África se moría de vergüenza. —Creo que lo hice con quince años.

—Pues yo lo encontré y gracias a él pude ver que tenías talento. No me quedó más remedio que contratarte.

—Y ya de paso te aprovechaste de mí—. Contestó África con una sonrisa pícaro.

—Yo diría que ocurrió más bien al contrario.

África se levantó y comenzó a recoger los platos para llevarlos a la cocina. Mientras lo hacía, miró a su novio.

—Es la erótica del poder—. Y le guiñó un ojo.

Miguel le cogió de la cintura y la sentó de nuevo sobre su regazo, pero esta vez a horcajadas. Le acarició el cuello con suavidad y enredó sus dedos entre los mechones de pelo que caían sobre sus hombros, mientras con la otra mano presionaba en la parte baja de su espalda para atraer más su cuerpo hacia él.

Primero se besaron despacio, sintiendo el tacto de sus lenguas enredándose al igual que sus manos. África comenzó a moverse rítmicamente haciendo que sus cuerpos se rozaran mientras se les escapaban los primeros gemidos.

Las manos de Miguel bajaron hasta las piernas de África y recorrieron sus muslos hasta llegar a las braguitas, metiendo las manos por dentro del vestido. Se puso de pie con ella todavía en brazos y sin apartar las manos del culo de su novia llegó al sofá, donde la dejó caer con cuidado.

Mientras África se quitaba el vestido sacándolo por la cabeza, Miguel se deshacía de sus zapatos sin ni siquiera desatarse los cordones. Cogió a África por las caderas y tiró de ellas, haciendo que su espalda resbalara sobre el sofá. Le quitó la ropa interior y se inclinó para besar su cuello, morder la piel de entre sus pechos y lamer el



vientre hasta detenerse en el centro de sus piernas. África comenzó a gemir mientras Miguel saboreaba, lamía, soplaba y besaba cada milímetro de sus pliegues.

La espalda de África se arqueó cuando Miguel introdujo uno de sus dedos en su interior.

—Ojalá todos los hombres del universo supieran hacerlo como tú.

—¿Es que no te vale sólo conmigo?

África enterró sus dedos entre los mechones de Miguel y tiró de ellos hacia arriba para poder besarle. No le importó que sus labios brillaran impregnados de su excitación, sino más bien al contrario. Le quitó los tres primeros botones de la camisa con desesperación y luego tiró de ella hacia arriba para poder quitársela con la ayuda de Miguel. Sus manos se fueron directas a la hebilla del cinturón y lo desabrochó en un solo movimiento. Miguel se sentó en el sofá dejando a África al mando, que rápidamente sacó del pantalón su erección y se la metió en la boca.

Un gruñido placentero salió de la garganta de Miguel mientras África succionaba arriba y abajo, jugueteando con su lengua en la punta. A través de sus pestañas, vio como Miguel se mordía el labio inferior mientras se agitaba su respiración. Agarró la erección con la mano y la lamió de abajo a arriba empezando por la base.

—Nena, para—. Oyó decir a su chico casi en una súplica. —Para o me voy.

África se sentó sobre él con una pierna a cada lado de sus caderas. Una de las manos de Miguel fue directa al pecho mientras la otra acariciaba su entrada. Introdujo dos de sus dedos haciéndola gemir al tiempo que sus bocas se volvían a encontrar.

—Hazlo ya.

—¿El qué?— Una sonrisa de medio lado se le dibujó en la cara.

—Miguel...— Rogó África.

Miguel introdujo su erección y colocó las manos en la curva de sus caderas moviéndolas lentamente hasta abrirse camino en su interior.

El sexo entre ellos siempre empezaba despacio, lleno de caricias, de miradas, de besos cargados de intenciones; pero poco a poco la fricción entre ambos acababa siendo protagonista y sus músculos se tensaban hasta forzarlos al máximo. Les gustaba darle al otro lo mejor de sí mismos y en aquel momento, África estaba haciéndolo sentada a horcajadas sobre Miguel. Justo en ese momento en el que yo abrí la puerta de su casa con la llave que ella misma me había dejado para ocasiones de urgencia y, que ambos me perdonen por ver lo que vi, pero aquella SÍ que era una ocasión de urgencia.

## 6. Noches para recordar

—¡Joder!— Fue lo único que salió de mi boca cuando me encontré a África cabalgando apasionadamente sobre Miguel.

—¡Mierda, Berta!— África se levantó tapándose como pudo con el vestido que había dejado caer antes en el suelo. Una pequeña parte de mí se rió en mi interior ante su reacción porque ambas sabíamos que aquella no sería la primera vez ni la última que la vería desnuda.

Por su parte, Miguel no pudo hacer más que tapar sus partes más preciadas con un cojín del sofá en el que estaba sentado mientras permanecía inmóvil con los ojos abiertos como platos.

—¿Se puede saber qué coño haces?

Me tapé la cara avergonzada y cerré los ojos para darles intimidad; aunque en realidad les sirviera de bien poco.

—Lo siento, de verdad—. Estaba tan nerviosa que se me trababan las palabras. —Yo...

—¿Tú qué?

—¡Que te necesito, joder! ¡Que necesito hablar! —Conseguí decir por fin justo antes de romperme a llorar.

Eran las 5 y media de la mañana cuando Sandra y Lucas se dieron cuenta de que ya se había hecho demasiado tarde. Hacía mucho tiempo que Sandra no se sentía tan a gusto estando a solas con un hombre y, a decir verdad, no le venía nada mal hablar de vez en cuando con alguien ajeno a nosotras.

Le dio las gracias por las copas de vino que se había tomado, por la conversación y por haberle interpretado uno de sus posibles futuros temas mientras tocaba la guitarra, solo a ella.

—Me debes un pastel— Dijo Lucas.

Los dos rieron, se dijeron adiós y prometieron volver a verse. Sandra ya sabía los lugares en los que *Acclaim* iba a tocar en los próximos meses y Lucas había apuntado la dirección de *Petits Pechés* en un post-it que dejó pegado en la nevera. Si de verdad querían, sabrían cómo encontrarse.

Salió del portal de aquel edificio del Siglo XIX con una sensación de paz, como si acabara de alcanzar el nirvana; porque ella ya no medía el placer con orgasmos, sino con meditación. Pensó en nosotras, en lo que le diríamos cuando nos contara que había pasado toda la noche en casa de un chico tan guapo y morboso como Lucas sin que hubiera ocurrido nada entre ellos. Tendría que darnos muchas explicaciones para poder convencernos de que era algo normal y aún así no lo conseguiría, pero ella estaba más que satisfecha con lo que había vivido aquella noche y sabía que no lo olvidaría jamás.

Durante el camino hasta su casa, que estaba tan solo a un par de calles más abajo, se dedicó a recordar todos los temas de los que habían estado hablando aquella noche. Le pareció curioso que Lucas hablara de sus amigos de aquella manera tan profunda, como si los conociera muy a fondo y no le diera miedo hablar de sentimientos. Pensó en Hugo, uno de los dos chicos que le estaba lamiendo el cuello a

Carlota aquella misma noche cuando ella se fue del local y, a pesar de las buenas palabras que le había dedicado Lucas, también le había contado que era bastante irresponsable y a veces inmaduro. Tenía ya 28 años y aun así se solía comportar como un niño de 15, despreocupado, que siempre tenía que quedar por encima de todos incluso cuando nadie más competía. No era especialmente el hombre que más le convenía a Carlota, pero ella tampoco era la que más le convenía a él. Carlota era alocada, pero muy responsable con aquello que de verdad le importaba. Tenía sólo 23 años, pero llevaba a costas tantas obligaciones como si tuviera 32 y por nada en el mundo era capaz de soportar a la gente superflua que estaba en el mundo por estar y que sólo era capaz de hacer cosas por el mero hecho de divertirse, tal y como era Hugo según le había contado Lucas. Quizás Sandra exageraba un poco, pero lo que sí nos quedó claro con el paso del tiempo, fue que Carlota y Hugo eran dos piezas muy difíciles de encajar.

—Encajamos bien ¿Verdad?— Hugo sonrió pícaro mientras estrechaba a Carlota contra él rodeándole la cintura con su brazo.

El local estaba lleno, pero la oscuridad de aquel sitio no dejaba ver el hecho de que casi todos parecían ya muertos vivientes. Carlota estiró su brazo izquierdo hacia Pablo, que se acercó a ella rodeándole también la cintura. A penas podían mantenerse en pie.

—Yo creo que encajamos bien así—. Contestó riéndose mientras miraba a los dos chicos, uno a cada lado.

Sonaba "Perro fiel", de Shakira y Nicky Jam. Las luces parpadeaban iluminando espacios de diferentes colores y las pantallas colocadas por todo el local emitían imágenes aleatorias de bocas besándose y culos haciendo *twerking*.

—¿Tienes más eme?

Hugo sacó una bolsita pequeña del bolsillo de su pantalón y se colocó media pastilla en la lengua. Carlota se giró hacia él e introdujo la lengua en su boca en un beso que era más vomitivo que sexual. Luego se giró a Pablo e hizo lo mismo, aunque éste fue un poco más delicado con ella. Se recreó en el roce de sus labios, el sabor de su beso y la curva de sus caderas mientras Hugo desde atrás le apartaba el pelo y le besaba el cuello.

Una hora más tarde, estaban en el local de ensayo de *Acclaim* haciendo uso de la pequeña nevera que tenían para ocasiones especiales. Hugo sacó una botella y se giró hacia el sofá en el que estaban sentados Pablo y Carlota.

—¿Queréis vodka?

—Te quiero a ti—. No sabía qué le pasaba, pero tenía muy claro lo que quería y se mordió el labio inferior para demostrarlo.

Hugo caminó al sofá mientras desenroscaba el tapón de la botella. Colocó una de sus piernas entre las de Carlota haciendo que éstas se separaran un poco y apoyando la otra rodilla en el sofá, comenzó a volcar el contenido de la botella sobre la boca de

Carlota, que lo recibió de buen agrado. Luego dejó la botella sobre la mesita que había junto a ellos y comenzó a lamerle el escote por el que se había derramado todo el líquido. Carlota enredó los dedos entre los mechones de su pelo y cerró los ojos dejándose llevar hasta que notó cómo Pablo, a su otro lado, se movía para levantarse e irse. Lo paró colocando la mano en su muslo mientras apretaba con fuerza hacia abajo. Le miró a los ojos y con la misma mano le acercó la cara para besarle.

—No te vayas—. Dijo con voz melosa mientras le acariciaba la entrepierna por encima del pantalón. Pablo se quedó asombrado sin saber muy bien qué hacer hasta que Carlota desabrochó los botones de su pantalón y comenzó a acariciar su erección.

Hugo bajó los tirantes del peto de Carlota hasta deshacerse de la prenda al completo sacándola por los pies y a continuación se quitó él mismo la camiseta. Pablo le imitó dejando su torso también desnudo aunque menos contorneado que el de su amigo.

—Todo fuera— Ordenó Carlota.

Hugo y Pablo se deshicieron de sus pantalones mientras Carlota se quitaba la camiseta y el sujetador.

—He dicho TODO—. Una sonrisa pícaro se dibujaba en su rostro.

Ambos obedecieron y de nuevo se colocaron sobre el sofá para lamer los pechos de Carlota, uno para cada uno. Lamían, mordían, soplaban y la piel de Carlota se erizaba, endureciendo sus pezones al tiempo que se agitaba su respiración y los primeros gemidos se le escapaban.

Carlota se colocó de rodillas en el suelo entre los dos amigos, agarrando y agitando las dos erecciones hasta que hundió la de Hugo en su boca. Comenzó a lamer de arriba a abajo, jugueteando con su lengua en la punta mientras ejercía presión con la mano hasta que la sacó por completo e hizo lo mismo con la de Pablo.

Hugo cogió a Carlota por las caderas y la subió de nuevo al sofá, colocándola a cuatro patas para apartar sus braguitas hacia un lado y comenzar también a lamer mientras introducía unos de sus dedos en su interior. Carlota volvió a gemir y sintió su espalda arquearse tras un latigazo de placer.

Pablo estiró el brazo hasta alcanzar el cajón de la mesita sobre la que reposaba la botella de vodka y sacar un par de preservativos. Se colocó uno y dejó el otro en el sofá junto a la pierna de Hugo, que también lo abrió y lo deslizó sobre su rigidez.

Carlota se sentó sobre Pablo, que fue el primero en estar listo y con ayuda de su mano colocó la erección entre sus pliegues y la introdujo despacio en su entrada mientras notaba cómo su cuerpo se acomodaba a ella. Pablo le agarró los pechos apretándolos con fuerza mientras ella empezaba a moverse arriba y abajo a un ritmo acelerado.

Para entonces, Hugo ya había vuelto a abrir el cajón, del que sacó un pequeño frasco de lubricante con el que humedeció sus dedos y la otra entrada de Carlota.

—¿Estás segura?— Le preguntó antes de introducir el primer dedo.

—Sí—. Contestó mientras dejaba de moverse para facilitarle el trabajo.

Despacio, Hugo introdujo su dedo índice y Carlota se retorció un poco al sentir un dolor placentero hasta ese momento desconocido. Era la primera vez que tenía a dos



hombres a la vez en su interior y aunque le resultaba un poco incómodo, poco a poco su cuerpo se fue haciendo a esa sensación que le hacía pedir más.

La vajilla y los cubiertos estaban todavía en la mesa. La botella de vino, vacía. Yo no entendía mucho del tema pero todo parecía haber costado bastante caro. Me recordó a aquella noche que Jorge desfiló en una pasarela por primera vez. No era un evento importante, pero a nosotros nos pareció un paso gigante en su carrera y nos bebimos una botella de vino para celebrarlo. Jorge se empeñó en comprar el más caro de la bodega y no nos quedó dinero ni para una habitación de hotel, así que nos la bebimos a morro sentados en un banco del parque de al lado de mi casa mientras nos contábamos nuestros sueños y confiábamos en que algún día triunfaríamos. Aquella noche prometimos casarnos algún día, pero nunca más lo volvimos a hablar.

La mano de África sosteniendo la mía me hizo volver a la realidad. Una realidad que se tornaba más bien en pesadilla y me aprisionaba el pecho hasta dejarme sin respiración.

—Toma, bebe un poco de agua—. Me dijo mientras me ofrecía un vaso.

Lo cogí con manos temblorosas y bebí un sorbo. No me entraba más.

—Me he ido de casa—. Conseguí decir.

—¿De verdad?—. África abrió los ojos como platos.

—Sí. Bueno... no lo sé—. Los nervios no me dejaban pensar con claridad.

—A ver, cariño—. Se sentó un poco más cerca de mí y pasó su brazo sobre mis hombros para abrazarme. —Relájate y dime qué ha pasado.

—Mi madre le ponía los cuernos a mi padre—. Hice una pausa.

—¡No me jodas!

—Con mi representante.

—¡LA MADRE DEL CORDERO!—. África se puso de pie mientras se llevaba las manos a la cabeza. —¿Me lo estás diciendo en serio?

—Por eso mis padres se divorciaron y Martín dejó de trabajar conmigo.

La puerta del fondo se abrió y Miguel salió de la habitación de África. Esta vez, con ropa. Y no le sentaba nada mal.

—Perdón—. Dijo con voz tímida. —Yo me marchó ya para que podáis... hablar de vuestras cosas—. Sonrió. Ahora entendía perfectamente por qué África estaba tan enganchada a él.

—No, no, no—. Me levanté rápidamente del sofá. —Soy yo quien se va. Vosotros estabais aquí de celebración y yo...

—Berta, tú te quedas—. Me interrumpió África, que agarró mi mano y tiró de ella haciéndome sentar de nuevo. —Y tú—. Se dirigió a Miguel. —A ti te veo mañana en la oficina... Lo siento.

Volví a repetir que era yo quien debía irse. Había recurrido a África sin pensar que podía tener otros planes, pero ahora que lo veía con mis propios ojos, no hacía falta decir quién sobraba en la ecuación.

Miguel me pidió que no me marchara. No quería que África dejara de lado a sus amigas por su culpa y al final llegamos a un acuerdo en el que los tres nos quedábamos

allí, contando anécdotas que avergonzaran a África mientras bebíamos todo el alcohol que nuestro cuerpo pudiera soportar. Y así fue como descubrí que sólo durante la primera semana de trabajo de mi mejor amiga, hizo un agujero con un paraguas en el techo de escayola de la oficina, entró sin querer (o eso dice ella) en el vestuario masculino en el que el equipo olímpico de waterpolo se estaba preparando para una sesión fotográfica y se comió el almuerzo de uno de los jefes que guardaba en la neverita del *staff* pensando que estaba allí para todos.

## 7. Amanece, que no es poco

El día siguiente amaneció con el cielo despejado, aunque algunas nubes pequeñas tapaban el sol durante un breve periodo de tiempo, hasta que pasaban de largo y no volvían a molestar. Al abrir los ojos me sentí un poco extraña. Era la primera vez que dormía en aquella habitación, pero no sabía si me tendría que acabar acostumbrando a ella, porque... ¿Era cierto todo lo que había vivido la noche anterior? Estiré el brazo hasta la mesita de noche con la esperanza que estuviera allí mi móvil, pero lo único que conseguí fue tirar al suelo una copa de vino que, por suerte, estaba ya vacía.

Un fuerte dolor de cabeza me sacudió de golpe y me tapé hasta arriba con el edredón. Descubrí que allí debajo podría vivir de forma confortable sin tener que preocuparme por los problemas del exterior, pero unos suaves golpes en la puerta rompieron mi burbuja de ensoñación.

—Berti ¿Estás despierta?— Al otro lado de la puerta, África traía consigo un aroma a café de lo más delicioso.

—No.

África abrió la puerta, dejó una bandeja sobre la cómoda y subió un poco la persiana para que entrara la luz.

—Te he traído el desayuno. Café y tostadas; aunque si prefieres fruta, creo que tengo por ahí un par de manzanas.

—Quiero aguacates.

Las dos nos reímos al recordar la anécdota de los aguacates. Puede que algún día os la cuente.

África se metió conmigo en la cama, se tapó también hasta arriba con el edredón y me abrazó por detrás sin decir nada. Tampoco hacía falta.

—Me gusta para ti. Miguel.— Sentí el aliento de su sonrisa en mi nuca. —Es muy majo.

África se encogió de hombros.

—Me hace muy feliz.

—Sí, ya lo vi ayer cuando llegué— Dije entre risas.

África se levantó de un salto quedándose de rodillas sobre el colchón mientras hacía que nos destapáramos.

—Te ordeno que borres esa imagen de tu retina. —Me señaló con el dedo.

—¿Por qué?— Me giré hacia ella. —Estabas muy guapa.

—Cállate— Se tapó la cara con las manos avergonzada.

—Te sienta muy bien cabalgar desnuda sobre tu macho—. No podía parar de reír.

África cogió la almohada y comenzó a darme con ella mientras se reía conmigo.

—Te digo que pares—. Insistió.

—Una jodida diosa a lomos de su... —África me obligó a callar tapándome la boca justo cuando Miguel aparecía por la puerta.

—¿Se puede?— Tenía mi móvil en la mano y no paraba de vibrar. —Te está llamando tu madre.

Carlota también se despertó con dolor de cabeza, pero fue por la resaca más que por cualquier otra preocupación. Estaba desnuda y pegajosa a causa de todo el vodka derramado por su cuerpo la noche anterior y todavía había momentos en los que las paredes del local de ensayo le daban vueltas. Una arcada le vino de golpe, pero supo controlarla a tiempo.

—Buenos días—Dijo casi en un susurro con la boca pastosa.

—Buenos días— Pablo también estaba desnudo, en el mismo sofá, pero con la cabeza apoyada en el lado contrario. Sus piernas descansaban enredadas entre ellas y en cuanto sintieron el tacto del otro, Carlota se encogió y Pablo posó los pies en el suelo para levantarse.

—¿Y Hugo?— Carlota intentó desviar la atención.

Pablo se encogió de hombros. —Se habrá ido ya—. Contestó finalmente.

Ambos se quedaron unos segundos en silencio.

—¿Te apetece desayunar?

—¿Qué tienes?

Pablo caminó hacia la nevera y la abrió. Miró en su interior torciendo el gesto y, sin cerrarla, contestó. —Cerveza.

—Vístete, que hoy invito yo.

Sandra se despertó sola en su cama de dos por dos metros, como ya era habitual; aunque esta mañana estaba más contenta que de costumbre. La inauguración de la pastelería había sido todo un éxito y por la noche tuvo la oportunidad de disfrutar de una buena charla acompañada de música y vino. Todavía estaba un poco molesta por la actitud de Carlota en el pub, pero ya todas estaban acostumbradas a su "libertad" y habían aprendido a pasar por alto ese tipo de cosas.

Se preparó el café y unas tostadas con aceite y sal, se sentó en la silla junto a la mesa de la cocina y comenzó a calcular las ganancias de la inauguración mientras desayunaba. Su móvil comenzó a sonar mientras hacía el balance de las bebidas.

Número desconocido. Puso el manos libres y siguió tecleando en su calculadora.

—¿Quién es?

—Buenos días—. Sandra supo identificar su voz al momento y sonrió. —Soy Elena, la chica del blog de ayer.

—Hola, Elena ¿Qué tal? Espero que no me llames para decirme que te sentaron mal mis pasteles—. Bromeó.

—No, no— Dijo Elena riéndose. —Tus pasteles estaban riquísimos. Algún día me tendrás que decir el secreto de tus recetas.

—Eso es información confidencial. Hace falta más que una entrada en tu blog para poder conseguirla.

Elena se volvió a reír.

—De eso mismo quería hablarte. Acabo de terminar el borrador de la entrada sobre *Petits Pechés* y me gustaría que la leyeras antes de publicarla por si prefieres cambiar algo.



—¡Vaya, muchas gracias!— Contestó Sandra sorprendida. —Claro, me encantaría poder leerla.

—Entonces te paso el enlace por *Whatsapp* y le echas un vistazo cuando puedas.

Ambas se despidieron y al minuto, Sandra estaba leyendo la primera opinión sobre su cocina en un medio de comunicación.

—Vamos, Berta, verás como Jon Kortajarena te alegra el día.

África tiraba de mi brazo intentando obligarme a entrar en la redacción de la revista para la que trabajaba y a mí lo único que me apetecía era volver a la cama. Ya había anulado mi cita para desayunar con Martín, hacia el cual tenía sentimientos encontrados desde que descubrí que había sido el amante de mi madre durante dos años. Lo único que me quedaba por hacer era seguir durmiendo y no despertar jamás.

—Vas lista si crees que te voy a dejar todo el día hecha un trapo ¡Hola Óscar!— África saludó al armario empotrado que vigilaba la puerta del edificio y yo hice un gesto con la cabeza con la esperanza de que también pareciera un saludo.

—¡Corre, que tu jefe ha llegado hace un rato!

Para mantener las apariencias, África y Miguel entraban siempre a horas diferentes aunque hubieran pasado la noche juntos y esa mañana él se había ido bastante temprano para dejarnos intimidad a África y a mí.

El edificio en el que trabajaba África me encantaba. Era muy espacioso y con un aspecto minimalista que prácticamente parecía de una exposición de arte de las que no te atreves a tocar nada. Era la tercera vez que entraba en las oficinas y siempre me hacía sentir como pez fuera del agua. En cambio, a África, se le notaba que ese era su sitio.

Sin soltarme del brazo, atravesó la recepción, subió las escaleras, recorrió el pasillo, pasó la máquina de café y me sentó en su silla.

—Espérame aquí. No tardo—. Y se fue.

Caminó hasta la puerta blanca de madera situada al otro lado de la estancia, golpeó dos veces con los nudillos y entró.

Al otro lado de la puerta, Miguel se levantaba de la silla para recibirla.

—¿Dónde está Jon? ¿Ha llegado ya?— África daba pequeños saltitos mientras aplaudía.

—Shhh—. Miguel sonreía de medio lado caminando hasta África para dejarle un beso en la sien. —¿Qué tal está Berta? ¿Ha hablado con su madre?

—Le ha dicho que se queda unos días en casa y poco más. Se siente engañada y en parte la entiendo.

—Claro

—Y ahora que sacas el tema de Berta...— Miguel se apoyó sobre su mesa sabiendo de antemano que su chica tramaba algo. —Le he dicho que podría asistir a la sesión de Jon Kortajarena.— Terminó de decir todo de una vez, como si así el impacto fuera menor.

—¿Cómo?— Miguel arqueó las cejas incrédulo.

—Está aquí, en la oficina. Más concretamente, sentada en mi mesa.

—África, no puedes traer a la oficina a quien te dé la gana. Y menos para una sesión de fotos.

—Pero no es cualquier persona. ¡Es Berta!

—Me sorprende que estés siendo tan poco profesional.— Miguel apretó la mandíbula. —Me estoy jugando la credibilidad ante la directiva porque confío en tu capacidad como fotógrafa, pero parece que a ti eso te da igual.

—No voy a ser peor fotógrafa porque Berta esté al lado mirando.

—Pero esto es tu trabajo, África, no un lugar de recreo donde traerte a tus amiguitas.

—¿Todo esto es porque te molesta que se quede en casa?

—Esto no tiene nada que ver ¿Es que no lo entiendes? Deja de mezclar las cosas.

—Y volvemos a lo de siempre, Miguel. ¿Cómo hago para no mezclarlo todo? ¿Cómo hago para que no me afecte en el trabajo el hecho de que estoy enamorada de mi jefe? ¿Cómo hago para ser tan fría? ¡Enséñame a hacerlo tan bien como tú porque yo no sé!

—África.— Miguel se irguió y rodeó la mesa hasta sentarse en su silla. —Sal de mi despacho.

—¿Así solucionas los problemas?

—África, no te lo voy a repetir. Por favor.

—Vamos, sal de ahí—. Carlota se reía como una niña pequeña. —Se supone que la camarera soy yo.

Detrás de la barra, Pablo hacía malabares algo torpes con dos vasos de chupito.

—Yo también fui camarero.

—¿En serio?— Preguntó Carlota sorprendida.

—La verdad es que no, pero lo disimulo muy bien, ¿A que sí?

—Va, déjame a mí que como llegue mi jefe y te vea ahí me mata.

Carlota se situó tras la barra junto a Pablo y le dio un pequeño empujón con la cadera para que se apartara. Pablo sonrió.

—Deberías dejarme hacer mi famoso cóctel.

—¿A las doce de la mañana?

—A cualquier hora.

—¿Y qué lleva?— Carlota, como siempre, intentaba aprender y absorber toda la información de su alrededor.

—Eso lo sabrás cuando lo pruebes.

Pablo no ensució demasiado y su mejunje, aunque extraño, estaba delicioso. Me gustaría decirlos los ingredientes que llevaba, pero a día de hoy, la receta sigue siendo un secreto casi universal.

—¿Dónde aprendiste a hacerlo?

—¿Quieres la verdad o la historia adornada?

—Siempre la verdad.

—Es el resultado de una larga noche de borrachera en la que se nos estaba acabando todo el alcohol y empecé a mezclar los restos de las botellas que me iba encontrando.

—¿Y al día siguiente todavía te acordabas de todo lo que habías echado?

Pablo soltó una carcajada.

—Al día siguiente no me acordaba ni de mi nombre.

—Entonces es imposible que sigas poniéndole exactamente lo mismo que aquel día.

—Subestimas el poder de *Acclaim*—. Pablo se apoyó sobre la barra con una pose chulesca mientras Carlota le daba otro sorbo a la bebida. —La invención del famoso "Ass elixir" se remonta a una fiesta celebrada en el local de ensayo. El mismo en el que hemos...

Ambos miraron hacia otro lado intentando evadir el tema. Estaban incómodos pero querían aparentar normalidad.

—El caso es que allí ya nos han entrado a robar alguna que otra vez y por eso tenemos cámaras de seguridad con las que pudimos ver...

—¿Tenéis cámaras de seguridad?! ¿En el local?! — Interrumpió Carlota con cara de terror.

Pablo se dio cuenta entonces de que todo lo ocurrido la noche anterior había sido grabado.

—¡Mierda!— Fue lo único que supo decir mientras se llevaba las manos a la cabeza.

—¿Quién tiene acceso a esas grabaciones?

—Pues... el grupo, la empresa de seguridad y el dueño del local.

—Entonces tú puedes deshacerte de ellas ¿Verdad?— La desesperación de Carlota se hacía latente en su voz.

—Me temo que no—. Pablo contestó algo temeroso por la reacción que Carlota pudiera tener.

—¿Cómo que no? Tú eres miembro del grupo. Tienes acceso a ese vídeo, me lo acabas de decir—. Sonaba cada vez más desesperada.

—Nosotros tenemos una copia, pero el original se lo queda la empresa de seguridad.

—¿Y qué podemos hacer? Esas imágenes no pueden llegar a manos de cualquiera—. Y esta vez, su desesperación menguaba para dar paso a la súplica. —Por favor.

—Voy a llamar a Hugo.